

Biblioteca Cine Nacional

SERIE ★ ALFA

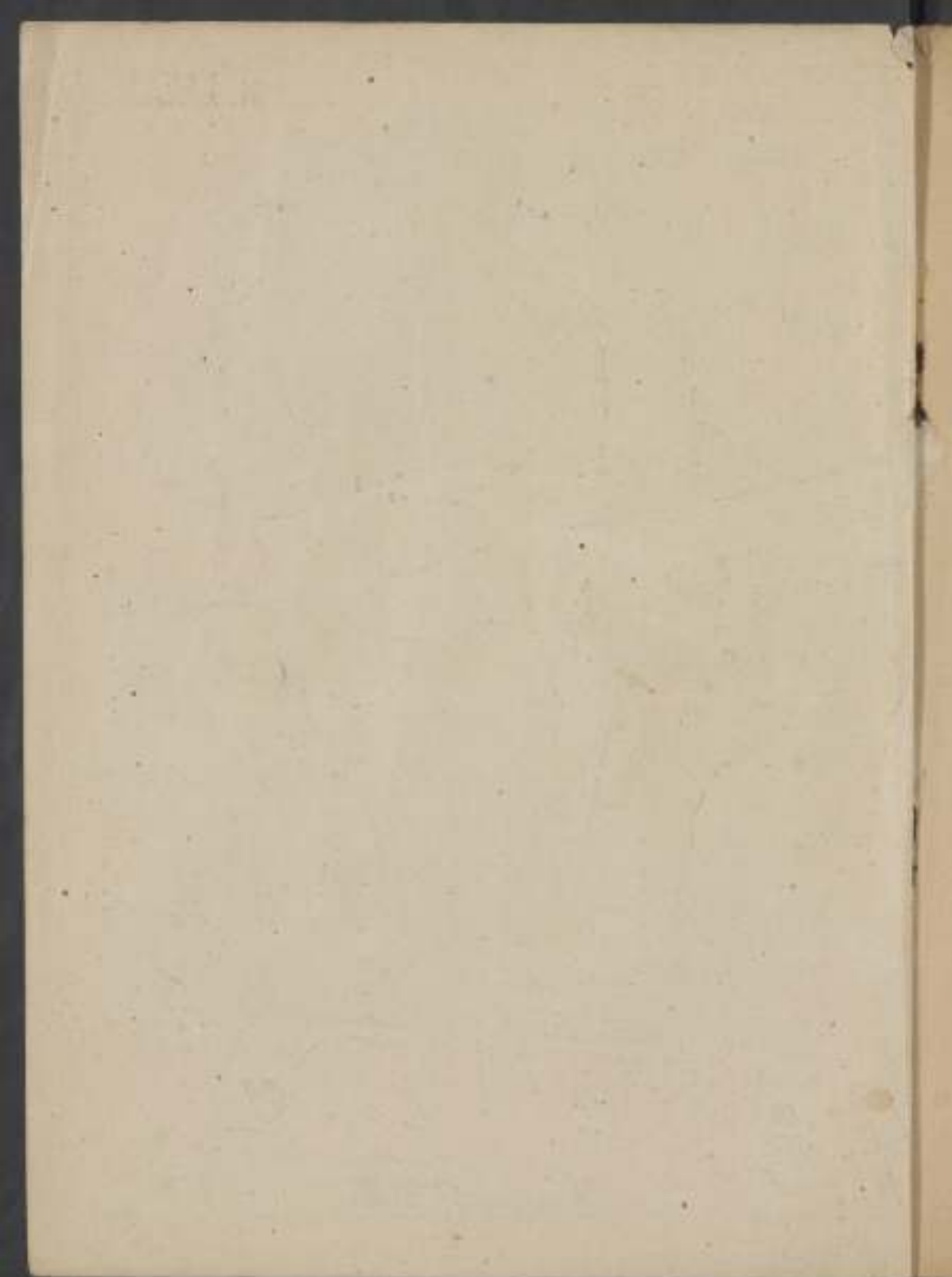
LUISA M. LINARES

JOSITA
HERNAN


LUIS
PRENDES



Mi ENEMIGO y YO







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA

Valencia, 254 - Teléfono 79687

BADCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 73657

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO XXI

Centro de reparto:

Sociedad General

Española de Librería

Calle de Barbant, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VI

SERIE ALFA

Núm. 62

Núm. 32

MI ENEMIGO Y YO

BASTA decir que se trata de una película basada en una novela original de LUISA MARIA LINARES para saber que nos encontraremos ante un argumento puramente rosa, con todos los matices de interés y novedad que sabe imprimirles esa excelente escritora. Josita Hernán, deliciosa, y Luis Prendes, cada día mejor actor, la protagonizan, muy bien secundados por un primerísimo elenco seleccionado entre nuestras mejores figuras de la pantalla.

PRODUCCION

CAMPA

PARA



Calle del Mar, 60

VALENCIA

Calle Valencia, 235

BARCELONA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Isabel</i>	Josita Hernán
<i>Mauricio de Viera</i>	Luis Prendes
<i>Beatriz</i>	Leonor Fábregas
<i>Gladys</i>	Lily Vincenti
<i>Tía Patricia</i>	Camino Garrigó
<i>Dofia Asunción</i>	Ana María Quijada
<i>Dofia Belén</i>	Raimunda Gaspar
<i>Martina</i>	Concha Gorgé
<i>Tony</i>	Fernando Fernán-Gómez
<i>Mister Sprules</i>	Jorge Greyner
<i>Miguel Leiva</i>	José Sanchiz

Adaptación cinematográfica
de la novela original de
Luisa M. Linares por
Aureliano Campa y
Ramón Quadreny.

Guión técnico y dirección:
Ramón Quadreny.

Narración literaria de
VICTOR CENTELLAS

MI ENEMIGO Y YO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LAS SOBRINAS DE DOÑA PATRICIA

SABEL y Beatriz quedaron huérfanas cuando todavía eran unas niñas. El buen corazón de tía Patricia las acogió amorosamente convirtiéndose para ellas en una segunda madre que con su cariño y desvelos hizo queror por las muchachitas al poco tiempo de vivir con ella. Bien es cierto que la buena mujer se desvivía por ellas ofreciéndoles todas las comodidades de su casa de campo en la Sierra, donde crecieron y se hicieron unas mujercitas fuertes y sanas de cuerpo y alma.

La mayor, Isabel, era una apasionada del deporte y las excursiones, y sus aficiones veíanse fomentadas por la esplendidez de la sierra que se levantaba con toda su belleza

junto a la señorial mansión de su tía.

Beatriz era delicada como una flor de invernadero. Su pasión eran las novelas de amor, que leía ávidamente, con lo que se acababa de despertar todo el romanticismo de su alma sensible y buena. Uno de sus autores predilectos era Mauricio de Viera, un joven escritor que se había impuesto en el género debido a la originalidad de sus argumentos y a lo fluido de su escritura fácil y correcta. Su novela «El rapto de Eva» había sido el colofón a sus éxitos ininterrumpidos.

Precisamente la estaba leyendo cuando se vió sorprendida por su tía, que acudía dispuesta a hacer un rato de compañía a la joven.

—Ya estás con tus lecturas—le

dijo, como reconviéndola—. Ese novelista te sorberá el seso por completo.

—No me riñas, tía Patricia—repuso la joven con un gracioso mohín—. Es mi única distracción.

Tía Patricia movió la cabeza resignada. Luego se dió cuenta de que Isabel no estaba con su hermana.

—¿Por dónde anda Isabel?

—Está en la cocina, haciendo una tarta para la merienda. Es su día.

—Sí, vamos, el día sin tarta. Como de costumbre cuando guisa ella, nos quedaremos en ayunas.

—Hoy ha prometido que pondrá mucha atención y nos hará un bizcocho doradito, doradito...

Y en efecto, en la cocina estaba Isabel con cara y manos manchadas de harina y ademán compungido. Martina, la criada, le enseñaba una tarta humeante y negra.

—¡Esto es carbón, carbón puro! ¿No te da vergüenza?—le decía Martina.

—Por favor, Martina, no ates la voz... Que va a oírte tía Patricia.

—Menudo disgusto se llevará la señora.

—Todo puede arreglarse si consientes en hacer en seguida un «budín» de pan y leche. ¡Anda, Martina guapa! Ya sabes que yo te quiero mucho—le decía con zalamería, y como quien no da importancia a la

cosa, añadió—: Precisamente pensaba regalarte mi chal de lana malva.

Aquella frase convenció por completo a la buena mujer. Evidentemente se trataba de un soborno, pero Martina ansiaba obtener tan preciado obsequio.

—¿El chal de lana malva?... ¡Vete, vete! Que siempre terminas por convencerme.

—¡Ay, mi Martina, qué rica es!—repuso Isabel, abrazándola.

—Sí, sí. Ya estás tú buena, ya. La joven, contenta de haber salido de tan mal paso, se fué en busca de su hermana, llamándola alegremente.

—¡Beatriz, Beatriz!

La encontró en el saloncito de estar, con su tía y se apresuró a darles la «gratía» nueva.

—Me he superado en la cocina, tía Patricia—dijo, dándole un beso—. Hoy quedarás contenta de mí. Ya verás, ya verás.

—¡Dios lo haga!

—Mi trabajo me ha costado, no creas.

Las tres rieron de buena gana y tía Patricia aprovechó la pausa para hacer un inciso.

—He encontrado a Tony y me ha dicho que esta tarde vendrá con su álbum de sellos.

—¡Qué bien! Con lo que a mí me

encantan los sellos. Parece que una viaja, mirándolos.

—¡Qué loca eres!

Tras breve charla, la tía se marchó a sus quehaceres y las dos jóvenes se quedaron comentando la visita de Tony que les anunciaban. Indudablemente, en un lugar apacible y tranquilo como era aquel hogar, la presencia de un joven con un álbum de sellos era algo muy importante y de indudable atracción.

Tony era un joven simpático. Hijo del médico de aquella localidad, había trabado una excelente amistad con las dos jóvenes y muchas veces pasaba el día con ellas en plan de camaradería haciendo excursiones o quedándose al amor del hogar cuando el tiempo no permitía que disfrutaran del aire libre.

Cuando, por la tarde, llegó a casa de tía Patricia, fué recibido con gran alborozo por Isabel y Beatriz y acto seguido se dispusieron a mirar detenidamente todas las hojas del famoso álbum de sellos. Mientras tanto, tía Patricia, cerca del grupo, hacía calceta, y la buena Martina se dedicaba a pasar silencioso rosario.

—Mirad este sello del Japón qué bonito de colorido—dijo Tony, señalando la efigie de un emperador del País del Sol Naciente.

—¡El Japón! ¡Qué delicia!—ex-

clamó Isabel, con arrobamiento—. Lo que me gustaría a mí hacer un viaje por los países de Oriente: Japón, China, Sumatra...

—A ti te gusta todo lo que sea fantasear y no estarte quieta—interrumpióle tía Patricia.

—A mí también me gustaría viajar, ver mundo, pero sobre todo países exóticos—comentó Tony, abundando en las palabras de su amiguita—, donde hubiera que cruzar selvas vírgenes, llenas de fieras, ríos caudalosos...

—Sitios donde pudieran encontrarse caimanes y antropófagos y que hubiéramos de viajar sobre elefantes y camellos—abundó Isabel.

—O en burro.

La interrupción de tía Patricia hizo levantar la cabeza a la joven.

—No te rías, tía Patricia. Debe ser estupendo viajar así. ¡Ya me imagino a Tony saltando de rama en rama como Tarzán!

Al oír tal alusión, Tony imitó el grito del hombre león, con tal propiedad que los perros que estaban junto a la lumbre huyeron desprovistos. Beatriz, que hasta aquel momento había escuchado silenciosamente, intervino en la conversación, lanzando un suspiro de acusado romanticismo.

—Pues a mí me gustaría visitar la Costa Azul... y Venecia...

Isabel rió con estrépito la salida de su hermanita, quien preguntó:

—¿De qué te ries?

—De tu romanticismo...

E imitando el tono de su voz, añadió:

—Y encontrar un galán que se llamase Mauricio...

—Calla, tonta.

En aquellos momentos, el timbre de la puerta distrajo la atención de los presentes. Martina fué a abrir encontrándose con doña Asunción, dueña de una magnífica finca vecina y animadora de la selecta y dispersa sociedad de aquellos contornos.

Tía Patricia, al darse cuenta de la llegada de su amiga, le salió al encuentro.

—¡Querida amiga! Pase usted, por favor.

—He venido para charlar un ratito con usted y con estas niñas. ¡Oh! Aquí veo al picaón de Tony.

Los tres jóvenes saludaron alegremente a la recién llegada, que se acomodó junto al fuego y en plan de reunión.

—Le agradezco que venga a visitarnos a pesar de este tiempo—dijo doña Patricia, y volviéndose hacia Martina le ordenó que sirviese la merienda.

—Quería notificarles que mi sobrino Mauricio, que ha regresado

de América y ahora está en París, vendrá a pasar conmigo el día de mi cumpleaños... Sé que estas niñas se alegrarán, en particular Beatriz, que tanto interés tiene por conocer a su novelista predilecto.

Isabel miró significativamente a su hermana, lo que motivó que ésta, emocionada y contenta por la noticia, bajase los ojos, sonriendo ante las miradas que le dirigían.

—De veras nos alegramos—dijo tía Patricia.

—Yo estoy contentísima—repuso doña Asunción—, aunque un poco preocupada, pues temo que un hombre tan mundano como es él se aburra en estos lugares.

—El paisaje es maravilloso y tiene que gustarle—dijo Beatriz, con su tono dulce y romántico de siempre.

—Le felicito a usted. Su fiesta será maravillosa.

—Cuento también con ustedes para que mi sobrino guarde un buen recuerdo de los días que pase en Villarza—añadió la visitante—. Reuniré algunos invitados, con los cuales organizaremos excursiones y algún baile para los jóvenes. Además vendrá doña Belén, que tanto simpatizó con Isabel el año pasado.

Los jóvenes acogieron la noticia con grandes muestras de alegría. Isabel, exagerada como siempre,

saltaba de un sofá a una silla y viceversa, mientras exclamaba:

—¡Fiestas, forasteros, excursiones! ¡Mauricio de Viera! ¡Esto será el Paraíso! ¡Viva doña Asunción!

—¡Calla, calla, locuela!

Isabel, en sus saltos de alegría, cogió a su hermana y haciéndola dar unas vueltas se la llevó junto a un mirador y allí, en tono confidencial le dijo:

—Beatriz, no irás a enamorarte de Mauricio de Viera... ¡Ojo con los flechazos!

—Temo estarlo ya—repuso Beatriz, entre risueña y enfadada—. ¡Escribe unas novelas tan románticas!...

—Piensa que somos dos chicas pueblerinas y que él está acostumbrado a tratar mujeres elegantes... ¡Enamorarte sólo por haber leído unas cuantas obras suyas!...

—¡Bah! Mi enamoramiento es puramente espiritual. Probablemente cuando le vea se romperá el encanto. La realidad defrauda siempre...

Unas voces de tía Patricia interrumpieron el coloquio entre las dos hermanas.

—Niñas. Ya tendréis tiempo de secretar.

—Es que la noticia ha sido tan inesperada—dijo Isabel, acercándose al grupo y tratando de justifi-

carse—. Siento como si flotase entre nubes... Oye, Tony, ¿no me han salido unas alitas? ¡Bailes, fiestas y...!

—Conocer a Mauricio de Viera—concluyó Beatriz.

Sin duda alguna, el pensamiento de la menor de las hermanas se cifraba sólo en el hecho de conocer al escritor, en quien veía un hombre superior a cualquiera otro de los que conocía. Por el mero hecho de que escribía unas novelas sumamente románticas, se imaginaba que se trataba de algo de excepción y que sus actos habrían de ser siempre inspirados en las ideas que tan bellamente describía en sus novelas. Creía que era también el hombre audaz y caballeresco, rendido enamorado y fiel hasta la muerte que se reflejaba en su última novela «El rapto de Eva», que con tanto deleite había estado leyendo.

También Isabel sentía ciertos deseos de conocer al sobrino de doña Asunción. Se trataba de una novedad en aquellas soledades y por otra parte quería saber cómo iba a reaccionar su hermana ante Mauricio de Viera. Isabel era una muchacha mucho más práctica y pensaba que el escritor no iba a ser una excepción; sabía que iba a hallarse ante un hombre culto y correcto, con mucha facilidad de expresión y conver-

sación interesante que se lo podía dar su trato con el mundo, que había recorrido casi de punta a punta.

La conversación de aquella tarde giró exclusivamente en torno a la fiesta que preparaba doña Asunción y los jóvenes se las prometían muy felices. El mismo Tony, sencillo y optimista, pensaba que podía divertirse también con las excursiones y bailes que se anunciaban con los invitados que iba a traer su vecina. Quizá irían algunos jóvenes con quienes organizar alguna arriesgada ascensión a la que era muy entusiasta y que no podía practicar en compañía de las dos hermanas por lo peligroso que resultaba; también pensaba en que acudiría alguna muchacha bonita, aunque esto le interesaba menos ya que tenía cerca de sí a Beatriz e Isabel, que cada una de ellas hubiera llenado sus aspiraciones de hombre enamorado, si verdaderamente se hubiese sentido atraído irresistiblemente por una de ellas. En realidad las apreciaba como amigas, pero no se había detenido a pensar si alguna de ellas podía llegar a ser su mujer el día de mañana. Se conocían desde que eran chiquillos, y sus juegos y conversaciones casi podía decirse que no habían cambiado en el transcurso de los años.

Cuando se despidieron aquella noche, en el ánimo de todos flotaba la esperanza de unos días movidos, que iban a agitar el mar encalmado de su apacible vida montañera.

Durante los días que precedieron a la fiesta, en la finca «La Rinconada» se trabajaba activamente. Tía Patricia y las dos muchachas no paraban un solo minuto preparando vestidos nuevos para lucir en el baile; la buena de Martina estuvo trabajando febrilmente para hacer un jersey para Isabel; habría querido hacer otro tanto para Beatriz, pero el tiempo no le alcanzaba, ya que al propio tiempo se dedicó a hacer un baldeo general de la casa; no es que lo necesitase, porque siempre la tenía muy bien cuidada, pero quería que no hubiese un pero para cuando visitasen la casa los invitados de doña Asunción.

Beatriz, en algunos momentos de descanso y antes de irse a acostar, releyó todas las novelas que tenía de Mauricio de Viera. Quería poder enfrentarse con el autor y poder darle referencia de todo cuanto él escribiera. Pero Isabel fue la que menos se preocupó; siguió su vida de siempre, ayudando un poco a su tía y correteando por las montañas las más de las veces.

MAURICIO DE VIERA

EL joven y ya famoso escritor de novelas románticas, posiblemente no se parecía mucho a los galanes que pintaba en sus novelas. Su aspecto físico sí que podía encajar como uno de los protagonistas de sus tomas amorosas, ya que se trataba de un joven bien plantado, de rostro agradable y varonil en el que, a pesar de reflejarse su juventud, no estaba exento de una firmeza indudable.

Cansado de sus correrías por el mundo, había regresado a España con objeto de descansar y trabajar, que también es descanso cuando se hace en el propio ambiente y a gusto.

Recién llegado a Madrid, se re-

unió con su amigo Sprules, un extranjero muy simpático y ocioso al que recurría en los momentos de aburrimiento. Y previendo que su estancia en la Sierra con tía Patricia no iba a resultar muy divertida, le invitó a que le acompañase.

—No sabes lo que te agradezco que me hayas invitado a este viaje— le dijo con su pronunciado acento extranjero—. Estaba cansado de vagabundear por Europa. ¿Cuándo partimos hacia ese paraíso glacial?

—Esta tarde, en el coche.

—Estoy tan aburrido que me agarró a todo lo que signifique novedad. A propósito, ¿te has despedido ya de tu último flirt?... Aquella chica norteamericana que conociste en la embajada...

—¿Gladys? Estoy citado con ella para almorzar esta mañana. No sé cómo le va a sentar mi marcha...

No tardó mucho en saber Mauricio lo que Gladys pensaba de aquella marcha, pues en cuanto se encontraron al mediodía, tras las primeras palabras de escasa trascendencia, enfocó el asunto con tática.

—Celebro que te hayas puesto una de mis rosas—le decía el escritor—. La última vez que nos vimos parecías preferir las orquídeas de lord Murphy. Por cierto, ¿qué ha sido de aquel vejete?

—Anoche le vi en la Ópera; quiere casarse conmigo — repuso Gladys—. Pero no soy de las que aceptan un matrimonio por conveniencia.

—Haces bien, querida.

—Mamá dice que hago mal.

La joven trató de cambiar la conversación, que giraba por unos temas que no le agradaban.

—¿Qué escribes ahora?—le preguntó.

—Nada...

Y viendo la ocasión propicia para hablarle de su viaje a la Sierra, continuó diciéndole:

—Cuando vuelva de mi viaje empezaré un nuevo libro.

—¿Un viaje?

—Sí. He prometido pasar unos

días con una anciana tía en un pueblecito de la montaña.

—¿Y eres capaz de irte... ahora?

—¿Lo sientes?

—Claro que lo siento...

Mauricio, al que no le gustaba dar disgusto a nadie, encontró una fórmula y no vaciló en exponerla, aunque una vez lo hubo dicho quizá se arrepintió.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no nos acompañas? Viene Sprules conmigo. Es un compatriota tuyo agregado de la embajada. ¿Lo recuerdas? Será nuestro «chaperón». Mi tía estará encantada de recibirte en su casa.

—¿Lo dices de veras?

—Completamente en serio. En honor tuyo retrasaremos el viaje hasta mañana. ¿Hace?

—Temo que mamá proteste de mi ausencia.

—Tu madre puede venir también —añadió Mauricio, lanzado ya por la pendiente de la generosidad y la irreflexión.

—No lo esperes. ¡Le horroriza el frío!

Mauricio iba a decir que se alegraba. Pero manifestó su alegría expresando su satisfacción al ella aceptaba.

—Ánimate, Gladys, ¿aceptas?

—Bien... Lo pensaré.

Y diciendo esto, estrechó la mano al joven, segura ella misma de que iba a aceptar, aunque no lo quiso manifestar por el momento a fin de hacerse interesante.

Finalmente quedó convenida la hora de salida y Mauricio se preocu-

pó de avisar a su amigo Sprules, a fin de estar todos dispuestos para la marcha al día siguiente tempranito, para llegar a la finca de «Los Abetos» donde vivía doña Asunción, en una hora que no fuese demasiado intempestiva.

EL PRIMER ENCUENTRO

DE buena mañana, mientras doña Patricia y Beatriz estaban desayunando, Isabel estaba acabando su tocado montañero, dispuesta a hacer una excursión, según habían convenido con Tony la tarde anterior.

—¿Por qué te pones ese jersey viejo? — le reconvino Beatriz—. Puede verte algún invitado de «Los Abetos» y te tomará por un golfillo.

—¡Bah! — repuso la aludida—. Tanto me da. Hasta ahora sólo han llegado dos venerables ancianos, amigos de doña Asunción. ¡Si estuviese ya aquí el maravilloso sobriño!...

Beatriz estuvo a punto de tirarle la servilleta ante la alusión de su

hermana, pero se contuvo, máxime al darse cuenta de que entraba alguien. Pero ese alguien era un joven muy familiar: Tony, que equipado para la excursión montañera, entraba en la casa como una tromba con ademán resuelto y aire alegre.

—Buenos días. ¡Vamos, niñas! El día está magnífico.

Y viendo que Beatriz no parecía muy dispuesta a la salida, le preguntó:

—¿Tú no vienes, Beatriz?

—No tiene ganas—repuso Isabel por su hermana—. Tendrás que resignarte a mi exclusiva compañía.

Los dos jóvenes se dispusieron a salir, mientras tía Patricia daba el último consejo:

—¡No hagas locuras, Isabel! Cuidado con romperte una pierna.

—De ningún modo. Tengo que conservarlas en buen estado para los bailes de doña Asunción. ¡Adiós!

—Va con buena compañía—añadió Tony.

Los excursionistas salieron dando saltos y corriendo alegremente. Cuando habían avanzado ya un buen trecho, Tony pidió:

—¿Por qué no cantas para amenizar la marcha?

—Pedir que cante subiendo una cuesta, es como pedirte a ti que toques el piano con esos guantes.

—¡Qué lástima!—contestó Tony burlón.

—Búrlate lo que quieras. Algún día tendrás que pagar muchísimo dinero para oírme... cuando sea una gran diva.

—Enviaré ramos de flores a tu camerino con una tarjeta que diga: «Tu fiel adorador, Tony».

—Nunca has sido adorador mío. Te gusta más Beatriz.

—Me gustáis las dos.

—¡Ansioso! No trates de flirtear que estás horrible con esa bufanda.

Tony le embromó y ella le pegó unos puñetazos, rabiosilla, diciéndole:

—¡Uy, qué brutísimo eres!

Y viendo que Tony seguía riéndose, le dió un empujón que le hizo caer, saliendo a todo correr por la pendiente, seguido del alegre muchacho. Al lanzarse por un terraplén, Isabel tropezó, cayéndose con gran aparatosidad. Tony se sentó a su lado, preguntándole:

—¿Te has hecho daño?

—Ni pizca. Esto de caer de cabeza lo hago mucho mejor que tú.

Los jóvenes rieron sana y alegremente, pero al fijar su vista en dirección a la carretera, notaron algo inusitado.

—¡Mira! ¿Qué es aquello?

—Vamos a ver lo que ocurre. Serán excursionistas.

Pero no ocurría nada grave. Un coche aparecía parado, mientras sus ocupantes trataban de averiguar lo que le impedía que siguiera avanzando. Esto lo apreciaron seguidamente Tony e Isabel, pero lo que ignoraban era que el grupo de excursionistas iba encabezado por Mauricio de Viera, con sus amigos Gladys y Sprules.

El escritor, al ver llegar a los excursionistas, se adelantó a hablarles con la soltura y sencillez que le daban su mundología.

—Perdonen—dijo—. Nuestro coche se ha averiado. No sabemos que

hacer; ignoramos la distancia que hay de aquí al pueblo.

—¡Qué suerte haberles encontrado! Podrían haber muerto congelados—exclamó Isabel, exagerada y tía. Pues aunque hacía un respetable frío, como lo pregonaban las nieves que coronaban las alturas, no era para perecer, máxime con los magníficos abrigos que lucían los forasteros.

—Sinceramente sería desagradable acabar como la carne argentina—comentó Sprules.

—El pueblo está cerca. Podemos ir andando.

—¿Está muy lejos la finca de «Los Abetos»?—preguntó Mauricio, más interesado en ello que en lo que le decía Isabel.

—¿Van a casa de doña Asunción?

—Sí. Es mi tía.

—¡Su tía!—exclamó Isabel casi con un grito—. ¿Usted es... el sobrino?

—Desde luego—repuso Mauricio sonriendo ante tan aplastante lógica.

Isabel, sorprendida y contenta con tan grata sorpresa, empezó a hablar por los codos, sin dar pie con bola.

—Yo soy Isabel de Arozamena y

éste es Tony. Es decir, Antonio Aguilar, hijo del médico de aquí... ¡Ah! Tengo una hermana que se llama Beatriz que ya la conocerá usted y que... bueno... tengo mucho gusto en conocerle. Somos grandes amigos de su tía.

Mauricio le estrechó la mano y correspondió igualmente con Tony. Seguidamente se dispuso a presentarle a sus acompañantes.

—Miss Gladys Sinclair y mister Sprules, dos compañeros de fatigas.

Todos se saludaron, e Isabel prosiguió con su verborrea incansable.

—Nunca pensé que nuestro primer encuentro fuera así. Beatriz se desesperará al saber que me ha visto usted con el jersey viejo. Pero ya tendrá ocasión de verme con el nuevo... Tony, ofrece el brazo a esa señorita, tú que estás acostumbrado al terreno. Qué guapa es... y qué traje tan bonito lleva... Vengan por aquí.

Tony cumplió la orden de Isabel y los hombres recogiendo las maletas emprendieron la marcha.

—¿Dentro de las casas hace este mismo frío? ¡Es insoportable!—inquirió Gladys.

—Tranquílcese, no carecemos de confort—repuso Tony.

—Sueño con una taza de café

bitn caliente—decía Mauricio, y dirigiéndose a Isabel, que marchaba a su lado, le preguntó— ¿Usted vive aquí?

—Sí, con mi tía y mi hermana.

—¡Ah! ¿Tiene usted una hermana?—preguntó Sprules que andaba al otro lado de Isabel.

—Sí. Está ilusionadísima por conocerle.

—¿A quién? ¿A mí?—inquirió Sprules, asombrado por tal noticia.

—No, al señor Viera. Somos apasionadas lectoras de sus novelas.

Mauricio sonrió, halagado, mientras Isabel le miraba con ingenua curiosidad, como si se tratara de un bicho raro.

—Es curioso—continuó diciendo la joven—, pensé que cuando le viera me pondría muy colorada y sería incapaz de hablarle. Y el caso es que estoy charlando como una cotorra.

—Es un placer oírlo.

—¿De veras? Me gusta usted. Pensé que sería presumido, pero veo que sabe bromear.

—Claro que sí, sobre todo cuando tropiezo con muchachas tan... simpáticas.

Gladys, que del brazo de Tony iba andando unos pasos más atrás, no perdía sílaba de la conversación de Mauricio con la pueblerina, y al

ver que el escritor empezaba a deslizar hacia la galantería, pensó que el modo más práctico de ponerle un bozal era tomando una posición estratégica. Abandonó el brazo de Tony y, adelantándose, se cogió del de Mauricio, que comprendió lo que pasaba por el pensamiento de la bella extranjera. En cambio, Isabel no hizo mucho caso.

—¡Qué hermosura de paisaje!—exclamó de pronto Mauricio, ante la albuza de las montañas que se alzaban ante su vista— ¿Está siempre así o lo han improvisado para maravillar a los forasteros?

—Su tía colocó anoche esas montañas—contestó Isabel, siguiendo la broma— Y Beatriz y yo hemos estado blanqueándolas esta mañana.

Todos rieron y prosiguieron la marcha alegremente, aunque no tanto por el lado de Sprules, que sudaba de veras, a pesar del frío, por el peso de su propio equipaje.

Poco después llegaron ante la finca de «Los Abetos» donde Isabel y Tony se despidieron de los forasteros.

—¿No quieren entrar?—inquirió Mauricio, agradecido por la molestia que se habían tomado de acompañarles hasta allí.

—No estoy presentable—repuso Isabel, mirándose su jersey viejo—;

ya vendré otro rato. ¡Hasta la vista, y bien venidos!

Saludándose con un ademán, los dos jóvenes partieron hacia sus respectivas casas. Tony, indiferente, e Isabel, ansiosa de contar a su hermanita detalles de su entrevista con

Mauricio de Viera. «Cómo va a sentir Beatriz el no haber venido—pensaba la revoltosa Isabel—; yo también lamento que no le haya visto ya. Me temo que se va a enamorar de veras en cuanto lo vea. Si es así, la ayudaré, ¡no faltaba más!».

¿QUÉ ES ESTO?



Un próximo gran éxito, como el

¿QUE LE DIJO?...

creación de los celebrados

HERMANOS CAPE

Originalidad :- Risa :- Dibujos a granel

CHOCOLATE A LA ESPAÑOLA, Y UNA CANCIÓN

FALTABAN todavía algunos días para el cumpleaños de doña Asunción y Mauricio se consideró obligado a una visita de cortesía al domicilio de doña Patricia, para agradecer a su sobrina el servicio que les había prestado el día de su llegada.

Acompañado de sus compañeros de viaje se presentó a la casa, donde fué recibido por Isabel y Beatriz. Tía Patricia había bajado a la aldea.

Tras la emoción de los primeros saludos, Beatriz trató de animar la reunión.

—Han sido muy amables viniendo a visitarnos. ¿Quieren una taza de té?

—Estarán cansados de té—inter-

vino diciendo su hermana—. He preferido hacerles un buen chocolate a la española y así verán estos señores americanos lo bien que me-rondamos en nuestra tierra.

—¡Tres hurras por el chocolate! —gritó Sprules, súbitamente animado.

—No comprendo cómo han podido acostumbrarse a este frío y a esta soledad...—comentaba Gladys con Tony, cuando Isabel entró con el chocolate.

—Yo no me he acostumbrado—terció la recién llegada—. Mi ilusión sería salir de aquí, viajar, cantar. Quiero ser artista.

—Pues yo me siento *cat home*—repuso Sprules, tomando el chocolate—. Me encanta la sencillez de estas costumbres. Quizás me

quede a vivir aquí, señorita Isabel.

Isabel puso en duda la manifestación del americano.

—Es usted el prototipo de hombre de ciudad. A los quince días suspiraría por los tranvías y el metro.

—No desanimos al señor Sprules —dijo Beatriz sonriente—. Nuestra obligación es retener a los turistas.

—Por favor, no me llame señor Sprules, porque me creó un venerable anciano.

—¿Cuál es su nombre de pifa? —le preguntó Isabel.

—Círyl, para servirla.

La joven estalló en franca carcajada. El nombrecito le había hecho gracia.

—¿De qué se ríe? —inquirió el americano, algo amoscado.

—Jamás podría llamarle Círyl con seriedad.

Mientras íbase desarrollando esta conversación, Beatriz se sentó junto a Mauricio, al que contemplaba con disimulo. El escritor se dio cuenta de que era blanco de las miradas de la joven y se dirigió a ella.

—Está usted muy callada.

Antes de que Beatriz respondiera, su hermana intervino en la conversación.

—Beatriz suele volar a menudo hacia las nubes. Por equivocación

nació en este siglo. Es una romántica incurable.

—¿Usted no? —preguntó Mauricio.

—No creo en el amor —repuso Isabel, acercándose a Tony—. Tony me ha pedido veinticinco veces en matrimonio y siempre le he rechazado.

Tony encajó la broma y tuvo una de sus agudas salidas.

—Por eso me tiré veinticinco veces al fondo del barranco, sin conseguir matarme.

—Pero Beatriz está enamorada... de una ilusión —repuso Isabel en tono jocoso.

—Si sigues por ese camino tendré que marcharme de la sala.

Beatriz estaba un tanto azorada y su hermana se dio cuenta de que iba demasiado lejos, por lo que la abrazó para desaguarla.

—¡Por Dios, no te enfades!

Tony salvó de nuevo la situación, desviando la conversación hacia otros temas.

—Podemos hacer un poco de música: Isabel cantará; lo hace muy bien.

—¡Tres hurras por Isabelita! —gritó Sprules, animado.

—Aspira a estrella —explicó Tony, justificando su proposición.

—Y tú a que te estrellen... algo en la cabeza.

Todos pidieron a Isabel que cantase y ésta por fin accedió dirigiéndose al piano y entonando una canción de ritmos modernos que fue cerrada con grandes aplausos y muestras de aprobación.

Poco después se disolvió la reunión.

—Cuánto sentirá mi tía no haber estado en casa para hacerles los honores—decía Beatriz al despedir a los invitados.

—No se preocupe, volveremos a menudo—repuso Mauricio.

—En la fiesta que da doña Asunción ya le diremos lo mal que nos han tratado ustedes—dijo Sprules en tono de broma, y volviéndose hacia Isabel, añadió:—Recuerdo que me prometió seis bailes.

Los visitantes se marcharon; Gladys, cogida del brazo de Mauricio, lo que no agradó a Beatriz, que le gustaba el escritor mucho más de lo que en principio había supuesto. Al extremo que cuando, ayudando a su hermana a quitar la mesa, retuvo entre sus manos la taza donde Mauricio bebiera, contemplándola con arrobamiento.

—Aquí ha bebido él...—murmuró.

—Me figuré que no irás a conservarla toda la vida con un lacito azul para diferenciarla de las otras—exclamó Isabel con guasa ante el

exceso de romanticismo de su hermana.

Beatriz miró tristemente a su hermana. En su corazón bullían entrecruzados sentimientos. Contra lo que ella misma había dicho, la realidad no le había defraudado, antes al contrario. La presencia física del escritor le había agradado y su trato sencillo y cortés le cautivó desde el primer instante. ¿No sería posible que Mauricio se fijara en ella? Esta pregunta se la hacía a sí misma, convencida de que estaba pidiendo un imposible. Un hombre de mundo como Viera, que tantas mujeres habría conocido, no podía parar atención en una provinciana gris como ella; la trataba con amabilidad y corrección, pero en este trato no había diferencia en relación a los demás. Por otra parte le acompañaba Gladys, una brillante mujer de la que muy posiblemente estaba enamorado. En un principio pensó que la extranjera era la novia de Sprules, pero luego se dió cuenta de que no; fue la misma Gladys quien, en evitación de toda duda, se comportó con Mauricio como si estuvieran prometidos, aunque él nada dijo sobre el particular.

Por ello dejó de nuevo la taza sobre la mesa, y dejando marchar a su alegre hermana, se sentó en uno de los butacones cerca de la chim-

neo a reflexionar. Su excesiva timidez le iba a impedir demostrar a Mauricio que se estaba enamorando de él; no era una mujer expresiva y cuando se encontraba delante del escritor, se sentía cortada y perdía su ya escasa facilidad de conversación.

Isabel, en cambio, dentro de su propia ingenuidad, cuando empezaba a hablar no había quien la contruyese. Todos los temas le parecían fáciles y encontraba argumen-

tos para polemizar y las más de las veces sustentaba una opinión contraria a su interlocutor por el mero hecho de sostener una controversia. De ello sabía Tony más que nadie; el muchacho tenía verdadero terror a esas discusiones, y últimamente, cuando se suscitaba alguna cuestión, la dejaba por imposible, yéndose al lado de Beatriz, con quien podía hablar apaciblemente, lo que encajaba algo mejor a su manera de ser.

LA FIESTA DE DORA ASUNCION

LOS salones de la regia casa de doña Asunción estaban preparados para la gran fiesta que se iba a celebrar aquella noche. Sus invitados estaban listos para recibir a los vecinos que debían acudir a la reunión.

Doña Belén, una millonaria excéntrica, que se divertía haciendo divertir a los demás, se dedicaba a ayudar a doña Asunción adornando la mesa exquisitivamente preparada para el banquete. Junto a la chimenea se hallaba Gladys lindamente ataviada escuchando la incansable palabrería de la millonaria.

—Será una fiesta deliciosa, querida. Alternando con el baile, podremos jugar al «bordón», al «asesino», al «similia similibus»...

—¿Y cómo se juega a todo eso?

—Pues muy sencillo — contestó doña Belén —. Ya se lo explicaré después. Yo no sé pasar un minuto sin estar jugando a algo.

La explicación quedó interrumpida por la presencia de Mauricio, que se acercó a saludar a su tía.

—Quizá he debido bajar antes para ayudarte, querida tía — dijo para justificar su retraso —. Ya ves que doña Belén está encantada con este ajetreo.

—Divirtiéndome, hijo, divirtiéndome.

Mauricio correspondió con una sonrisa y dirigiéndose a su tía exclamó:

—Estás deliciosa con estos encajes negros.

La buena mujer esponjóse al oír

aquellas palabras, pero quiso disimular.

—Guarda tus lisonjas para Gladys que las merece más.

—A Gladys no sé qué decirle, porque todo se lo habrá dicho el espejo — repuso Mauricio, galante siempre y acercándose a la joven, junto a la cual se sentó.

—Por fin te tengo para mí, después de tantos días en que temí que me hubieras olvidado—le dijo ella en son de reproche.

—¿Olvidarte, chiquilla!

—Con tantas excursiones y tantas visitas a la Rinconada, nunca estamos solos. Y por si fuera poco, tu trabajo...

—Ya sabes que estoy escribiendo el guión cinematográfico de una de mis novelas y las visitas a la Rinconada son de pura cortesía.

—No creas que tengo celos de esas provincianitas; puedes flirtear con quien quieras.

—¿Flirtear? ¡Bah! Esas niñas no tienen idea de lo que significa tal palabra.

—Fingen ser demasiado ingenuas. Es una «poses» como otra cualquiera.

—Dejemos eso — cortó Mauricio—. Quiero pedirte el primer baile antes de que se adelanten muchos.

—Creo que se lo ofrecí a Sprules —repuso ella un tanto molesta.

La entrada de algunos invitados que iban llegando interrumpió la conversación. Entre los primeros llegados se contaba Tony, que se apresuró a acercarse a Gladys, mientras Mauricio saludaba a otros señores a quien su tía iba presentando.

—¿Querrá usted bailar conmigo? —preguntó Tony.

—Con mucho gusto.

—Antes quiero advertirle que suelo bailar sobre los zapatos de mi pareja.

—Pues es una mala costumbre —contestó Gladys sonriendo.

La fiesta iba cobrando animación y el baile se inició con toda brillantez. Todos los invitados habían acudido y el salón habilitado para el baile estaba repleto de parejas. Entre ellas destacaba la formada por Beatriz y Mauricio, que danzaban al son de una melodía moderna.

—Le confieso que ésta es mi primera fiesta seria—decía ella.

—¿Hace mucho tiempo que viven aquí?—preguntó él.

—Desde que quedamos huérfanas. Y aquí seguiremos hasta que me muera.

—O hasta que se case...

—No pienso casarme.

Mauricio se mostró extrañado ante tal manifestación.

—¿Es posible? ¿Y a qué se debe esa determinación?

—Yo sólo me fijaría en un hombre muy superior que seguramente no repararía en mí—repuso Beatriz un tanto emocionada.

—¡Ah! ¿Existen hombres superiores? —inquirió él con tono un tanto burlón, y luego, con más seriedad, continuó diciendo—: Empiezo a sospechar que está usted enamorada ya...

—Quizá...

—Pues él tiene que estar loco por usted, ¡Tiene que estarlo!

Beatriz estaba turbada por el giro que iba tomando la conversación y para disimular alegó estar cansada, por lo que Mauricio se ofreció a llevarla al invernadero, donde podría descansar lejos del ajetreo de la fiesta.

—La felicidad ha de venir antes de lo que usted espera, se lo auguro.

Al llegar al invernadero viéronse sorprendidos por la presencia de una pareja: Gladys y Tony, que estaban sentados en un banco hablando animadamente.

—¡Ah! ¿eres tú, querido?—preguntó Gladys, disgustada tanto por la presencia de la pareja como por la interrupción que había sido objeto.

—Hemos coincidido en la idea de contemplar las flores del invernadero—dijo Tony, un tanto azorado, por creer que Mauricio hubiera podido oír lo que le estaba diciendo a su novia.

—Sí, ha sido una gran coincidencia—repuso Mauricio con sequedad.

—El ambiente es propicio para soñar—exclamó la extranjera con ironía—: Vamos, Tony... Dos es compañía, cuatro es multitud.

—Muy ingeniosa.

No obstante, los cuatro regresaron a los salones, donde Sprules quitó la pareja a Mauricio, mientras éste quedaba paseando nerviosamente. En sus paseos se adentró en una habitación donde se hallaba doña Belén jugando con varias jóvenes alrededor de una larga mesa.

—¡Querido Mauricio!—exclamó la millonaria, levantándose y yendo al encuentro del escritor—. En mi vida me he divertido tanto. ¡Puede usted creerlo! He encontrado la chiquilla más animada del mundo. Si quiere jugar, puede sentarse al extremo de la mesa.

Mauricio sonrió, avasallado por tantas palabras. La voz de Isabel distrajo la atención a los reunidos.

—Vamos a jugar al «asesino».

Todos palmotearon de alegría y se organizó el juego.

—Ahora apagaremos las luces y todos debemos escondernos y después...—explicaba Isabel.

—¡Después el crimen!—concluyó doña Belén con gesto dramático.

Se apagaron las luces y todos corrieron a esconderse tras de los muebles. Junto a su sofá chocaron Isabel y Mauricio.

—¿Es usted Isabel?—preguntó el joven en voz baja.

—¿Es usted el asesino?

—Soy una buena persona.

—En ese caso, libréme de doña Belén y lléveme a tomar algo.

—¡Magnífica idea! Huyamos antes de que enciendan las luces.

Cogidos de la mano salieron del salón y se dirigieron al bufet dando un respiro de alivio.

—Por fin — exclamó Isabel — doña Belén es agotadora.

Se acercaron a la mesa, donde les fueron servidos unos helados de fresa. Isabel lo degustó con fruición, diciendo:

—¡Me siento feliz!

—¿De veras? ¿Por el helado?

—Por toda la fiesta. ¡Pero esta fresa es deliciosa!...

—Esta también—repuso Mauricio.

—Estoy segura que la mía es mejor. Si fuéramos una pareja de enamorados, la tomaríamos a medias.

—¿Por qué no jugamos a serlo?—inquirió el joven, insinuante.

—Es un juego que no se le ha ocurrido a doña Belén.

—Porque no tiene nuestra imaginación.

No obstante, el juego no se realizó. Los dos se acercaron a la chimenea ante la que Isabel se sentó mientras Mauricio la contemplaba.

—¿Se ha enamorado usted muchas veces?—preguntó ella.

—Una nada más.

—¿Hace mucho tiempo?

—Ahora mismo.

Isabel quedó un tanto desconcertada, pero la presencia de un camarero ofreciendo champaña le salvó la situación. Mauricio tomó dos copas, ofreciendo una a Isabel.

—¿Quiere una copa?

—No sé si atreverme.

—¿Por qué?

—No tengo costumbre—explicó ella—y voy a decir locuras.

—Me encantará escucharla.

—Quizá le ofrezca mi mano.

Mauricio le alargó la copa ceremoniosamente.

—En tal caso le ruego que beba.

—Acepta ¿con esa facilidad proposiciones de matrimonio?

—Aunque hiera mi orgullo, he de confesar que es la primera que se me hace.

Los dos rieron e Isabel cogió la

copa que se le ofrecía y disponiéndose a beber exclamó:

—Bien, usted es responsable.

—Es usted deliciosa, Isabel. Y un poco... turbadora.

La música de un vals se inició en el salón y ella contribuyó a que Isabel se sintiera resueltamente soñadora. La música, el champaña y las palabras de Mauricio le tenían en un estado de franco romanticismo.

—Nadie me ha dicho eso nunca... ¡Me gusta ser turbadora!

Mauricio sonrió y con un ademán la invitó a iniciar el baile, a lo que ella accedió, adentrándose hacia el salón, donde se mezclaron con otras parejas.

Mientras tanto, doña Belén preguntaba a doña Patricia por su so-

brina. Había desaparecido en pleno juego y la coincidencia de ello con la marcha de Mauricio le daba la explicación.

—¿Ha visto usted a Isabelita? —le preguntó—. El pícaro de Mauricio me la escamoteó. Tiene que dejármela una temporada. Es un encanto.

—Veremos, veremos.

—Si no la deja venir, se la robaré.

—De momento, allá la tiene usted bailando—contestó tía Patricia, señalando la pareja de su sobrina con el joven escritor.

Doña Belén los dejó bailar tranquilos, pero luego les hizo participar en sus juegos, que se prolongaron hasta muy entrada la madrugada, en que se dio la fiesta por terminada.

LA EXCURSION AL TORREON

DESPUES de la fiesta, y como despedida de algunos invitados, se organizó una excursión a la montaña, en la que participó toda la gente joven. Los excursionistas partieron del domicilio de doña Asunción. Esta y doña Belén les despedían.

—Sí, querida Isabelita—decía la millonaria—; me marcho mañana y siento que no vengas conmigo... Esta tarde al despedirme de tu tía, haré la última tentativa.

Mauricio, que acababa de leer un telegrama recién recibido, se acercó al grupo.

—No es sólo usted la que se marcha mañana, doña Belén. Yo tendré que salir lo más tarde a las siete. Tengo que estar pasado mañana en

Lisboa para entrevistarme con un productor cinematográfico y entregarle el guion de mi novela.

—¿No puedes esperar unos días más?—preguntó su tía.

—Imposible. Este señor embarca pasado mañana para Norteamérica.

La noticia causó distinta emoción entre los asistentes. Mientras Gladys estaba contenta de marcharse de aquellos lugares, Beatriz sentía desfallecer ante la posibilidad de que Mauricio no se acordara más de ellas, e Isabel lo sentía por su hermana.

—Bueno, ahora no retrasemos la excursión. ¡En marcha!—dijo Sprules, para quien la salida a la montaña era una novedad y no quería perderse la.

La comitiva emprendió el cami-

no entre carreras y gritos de alegría, en lo que, como de costumbre, se distinguía Isabelita, secundada por Sprules. Mauricio iba de pareja con Beatriz y Gladys con Tony.

Isabel, con su cabellera rubia semidespeinada, organizó una carrera cuya meta era un frondoso árbol, que ganó ella, seguida del americano. Como fuera que en su marcha se habían acercado a un torreón propiedad de doña Patricia, se propusieron visitarlo. Isabel cogió la llave escondida entre unas rendijas de las desgastadas piedras y se dispuso a abrir.

—Aquí esconde tía Patricia la llave para que no nos roben.

—Desde el interior, el panorama es precioso—explicó Beatriz.

Isabel pidió una cerilla a Mauricio.

—Temo tropezar con un ratón y desmayarme—dijo.

Los excursionistas entraron en el torreón, donde se encontraban varios sacos de maíz, castañas, patatas y otras provisiones. Abierta la ventana, protegida por gruesos barrotes de hierro, la luz del día iluminó el interior.

—Esto es una verdadera fortaleza—comentó Mauricio.

—En verano es maravilloso.

—Pues volveré este verano—di-

jo decidido Sprules a la explicación de Beatriz.

—¿Para ver el paisaje?—preguntó Gladys en tono de burla.

—Y para casarme.

—¿Con quién?

—Con Isabel — repuso Sprules, entre serio y sonriente.

—No me obligue a darle calabazas en público, señor Cirilo.

Tony quiso intervenir y, como siempre, con una salida de las suyas:

—Es preferible que Isabel no se case, sería un castigo para su marido.

—Si me casara me volvería dulce y sumisa como un cordero. ¿Has leído «El rapto de Eva»?

—¿Qué es eso?—inquirió Tony.

—Una novela de Mauricio que trata de una chica rebelde a la que consigue dominar.

—Con lo cual no estoy conforme — añadió Beatriz, dirigiéndose al escritor—. ¿Cree usted posible hacerse querer a la fuerza?

—En la novela expongo el caso de una mujer que, por una ferocidad inadmisible, no quiere reconocerse enamorada de un hombre hasta que él se la lleva a su coto de caza y la encierra en un pabellón.

—¿Y qué pasa después?—preguntó Tony.

—Que ella reacciona en el acto ante la violencia de él.

Isabel se acercó a Mauricio, preguntándole:

—¿Es usted partidario de los raptos, Mauricio?

—De ningún modo... —repuso el aludido—. Sin embargo, hay circunstancias especiales en que el único medio de despertar el amor es emplear recursos extraordinarios.

Con la explicación de Mauricio quedó cortada la controversia y los excursionistas salieron corriendo cuesta abajo. Pero Beatriz tuvo la desgracia de caerse, dando un grito de agudo dolor. Todos acudieron junto a la joven.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Mauricio.

—Me he torcido un tobillo—y poniéndose de pie ayudada por Isabel y el escritor, continuó diciéndole—: Me temo que no voy a poder andar.

—Qué mala suerte. ¿Te duele mucho?

—Al apoyarlo, sí.

—Tendremos que llevarla en brazos—exclamó Sprules, pensando ya en los kilos que debía pesar la joven.

—¡Yo la llevaré! —dijo resuelta-mente Tony. Pero llegó tarde, porque Mauricio ya la había cogido en brazos e iniciaba el avance.

—No; ya la llevo yo. ¡En marcha!

Inmediatamente reanudaron el camino, adelantándose todos, quedando Mauricio con su femenina carga en último término. Beatriz iba feliz en los brazos del escritor y apoyó su cabeza sobre su hombro. Él, cariñosamente, la besó en el negro y sedoso cabello, lo que no pasó desapercibido por Isabel, que en aquel momento volvióse para ver si seguía normalmente. También lo observó Gladys, pero mientras ésta sentía profundo despecho, la hermana de Beatriz estaba satisfecha al ver que las cosas marchaban por buen camino.

La excursión terminó sin otros incidentes y Beatriz, tras unas buenas fricciones, había quedado con un tobillo como nuevo, pero de todas formas se fué a dormir temprano, en lo que le acompañó su hermana, cansada también por las emociones del día.

—Se marcha... —murmuraba Beatriz entre sollozos—. Y yo seré desgraciada.

—No llores. Estoy segura de que Mauricio te adora, siempre me ha hablado de ti con entusiasmo.

—¿Por qué no me lo ha dicho entonces? ¡Temo que sea ilusión nuestra! Somos unas pueblerinas y no entendemos de estas cosas.

—¡Cómo que no! Seca esas lá-

grimas que aun no se ha marchado. Y de aquí a mañana pueden ocurrir novedades.

—¿Tú crees?—preguntó Beatriz, esperanzada.

—Se me está ocurriendo un plan. Duerme tranquila que mañana será un día de grandes emociones.

Isabel se acercó a la cama de su hermana que ya estaba acostada y después de besarla la arropó. Luego se metió en su cama y apoyando su cabecita rubia en la almohada, empezó a madurar el plan que se le había ocurrido para ayudar a su hermana, hasta que el sueño la rindió.

Verdaderamente su plan era muy audaz. Para conseguir la realización de la descabellada idea que se había propuesto varios factores se tenían que aunar, pues al menor fallo todos sus planes quedarían deshechos.

Ante todo tenía que levantarse muy de madrugada, salir sin ser vista y conseguir entrevistarse con Mauricio de Viera a solas; si lograba que el joven no partiese en la hora señalada era muy fácil que decidiera quedarse en «Los Abetos», puesto que ya no podría alcanzar al productor cinematográfico que desde Lisboa iba a partir hacia América. Con unos cuantos días más entre ellos contaba que Mauricio podría darse cuenta de la serena belleza de

Beatriz y de las cualidades que la adornaban. ¡Quizá llegaría a enamorarse de ella!

Sus aficiones artísticas y las dotes que había demostrado como actriz en las fiestas benéficas que habían dado en la aldea, y las representaciones que habían efectuado en el colegio, la acreditaban como una buena comediente. Era preciso realizar una buena ficción para sorprender a Mauricio de Viera, la que no creía fácil de engañar.

¡Cuán ajeno se hallaba éste cuando en aquella misma hora se disponía a costarse! Al regresar a «Los Abetos» se despidió de Gladys y Sprules, a los que ya no vería hasta su regreso a la capital. Su partida la había señalado muy de mañana y decidió marchar solo para no obligar a los americanos a tener que levantarse tan temprano. Gladys habría querido que se quedara un rato a tomar una copita y charlar al amor de la lumbre, pero Mauricio declinó amablemente; era ya muy tarde y no gustaba demasiado de madrugar; además, tenía que ver si el coche estaba en condiciones de funcionar normalmente después de la reparación que le hizo un mecánico del pueblo.

Beatriz, a poco de conciliar el sueño, despertó no tanto por el

dolor que aun sentía en el tobillo, como por la emoción que la embargaba, al pensar que el día siguiente podría ser decisivo para el curso de su vida.

Constantemente le atormentaba el recuerdo del nombre de Mauricio,

aquel hombre que se había interpuesto en su camino, y aun parecía no poder contener los fatidos de su corazón, cuando su enamorado galán, con toda clase de cuidados, la había cogido en brazos para evitarle el dolor que sentía en el tobillo.



... Tony imitó el grito
del hombre león con tal
propiedad...



—(Escribe unas novelas
tan románticas!)



—Se me ocurre una idea.
¿Por qué no nos acompañas?



Isabel traperó, cayéndose
se con gran aparatividad.



—Podemos hacer un po-
co de música. Isabel canta-
rá, lo hace muy bien.

—Aquí ha bebido el—
murmuró.



Se adentró en una habitación donde se hallaba doña Belén jugando, alrededor de una larga mesa.



—¡Me siento feliz!
—¿De veras? ¿Por el lado?



—Se me está ocurriendo
un plan.



Procurando no hacer rei-
do vistiose con su atuendo
de excursionista y salió.



Pero estaba cansada y nerviosa, y sin darse cuenta se durmió.



Y con brusca transición, cogiéndole la cabeza, la besó en la frente.



—Es Isabelita!—exclamó Gladys— ¡Ya he leído ^{un} debut

—¿Por qué tiene esta esperanza?— preguntó ella con una risita que quería ocul-tar su nerviosismo.



—¿Podría decirme si esto
es caviar?



—Aquí está—dijo ella,
cogiendo el cepillo de la
mano de Mauricio

EL RAPTO

CUANDO las primeras luces del alba emergieron tras las montañas, Isabelita estaba ya levantada. Procurando no hacer ruido, vistióse con su atuendo de excursionista y salió al campo sigilosamente, encaminándose a la finca de «Los Abetos», donde contaba con hallar a Mauricio.

Y en efecto, éste se hallaba en el patio de la casa repasando el motor de su coche que le había de llevar a la ciudad, con el propósito de alcanzar el avión de Lisboa.

—¡Mauricio!—le llamó la joven con voz apagada—. ¡Chist!

—¡Isabel! ¿Usted aquí a estas horas?—preguntó extrañado el escritor al ver aparecer a la joven.

—Sí, vengo de incógnito.

—¿Su hermana ha empeorado del pie?

—No, afortunadamente. Se trata de otra cosa... Quisiera pedirle un favor...

—Usted dirá, Isabelita.

La aludida fingió un puchero y se refugió junto a Mauricio.

—¿Qué le ocurre? — preguntó Mauricio ante tan insólita escena en aquellas horas de la mañana.

—Quiero que me acompañe al torreón.

—¿Al torreón?

—Necesito ir allí imprescindiblemente y me da miedo ir sola.

—Está bien, no llore, yo la acompañaré si lo desea, pero... ¿quiere explicarme?

Mauricio, muy asombrado, no acertaba a explicarse el porqué te-

nia empeño en ir a aquel lugar y precisamente acompañado de él.

—Es que ayer en el torreón perdí seguramente una medalla de tía Patricia que ella tiene en mucha estima. He de encontrarla antes que despierte.

—Tendremos que darnos prisa —accedió él—. Dentro de hora y media tengo que salir de aquí... En fin, vamos donde usted quiera.

Emprendieron rápida marcha sin cruzar palabra. Ella iba preocupada por el desarrollo del plan que había forjado, mientras Mauricio en su interior maldecía aquella chiquilla que le hacía perder un tiempo precioso.

—Ya hemos llegado —exclamó Isabel, mientras su acompañante cogía la llave del escondite—. ¿Lleva cerillas?

—Sí, traigo una caja.

Mauricio abrió la puerta, dejando la llave puesta.

—Pase usted delante—le dijo ella—, si no le dan miedo los ratones.

El joven obedeció y casi tropezó, advirtiéndolo:

—Tenga cuidado con este saco, Isabel.

Pero ella no se había molestado en entrar, cerrando rápidamente la puerta, dió vuelta a la llave y se la

guardó en el pecho echando a correr pendiente abajo.

Mientras tanto, el prisionero se reía de lo que creía se trataba de una broma de Isabel. Luego, viendo que no respondía a sus llamadas, se encogió de hombros y sentándose sobre un saco empezó a liar un cigarrillo.

Cuando Isabel regresó a su casa creía que nadie se habría levantado todavía, pero cuando se hallaba a mitad de la escalera para subir a su habitación, fué sorprendida por la presencia de Martina. Isabel dió media vuelta, simulando que bajaba las escaleras como si acabara de levantarse.

—Buenos días, Martina.

—¿Levantada ya? —preguntó la buena criada—. ¿Quieres que te sirva el desayuno?

—Esperaré a tomarlo con mi tía. Isabel se dirigió al comedor y allí se echó sobre un sofá, junto a la chimenea, mientras Martina la reprendía:

—Temprano te pones las botas y los pantalones. ¡Siempre disfrazada de chico! ¡Qué niña, Dios mío, qué niña!

Pero la niña estaba cansada y nerviosa y sin darse cuenta se durmió. Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto y el espanto se reflejó

en su rostro cuando vió que el reloj señalaba las once.

—¿Cómo me has dejado dormir tanto?—increpó a Martina que andaba por la habitación con sus quehaceres.—¿Y mi tia?

—Tu tia se marchó hace rato a «Los Abetos» con la señorita Beatriz, que ya está bien del pie.

—¿A «Los Abetos»? ¿Para qué?

—Vino el señor extranjero preguntando por el señorito Mauricio. Ha desaparecido.

Isabel no esperó más y con un «adiós» salió corriendo como una loca en dirección al torreón. Al llegar allí, cansada y temblorosa, golpeó la puerta con los nudillos para cerciorarse de si su prisionero estaba todavía encerrado.

—¡Mauricio!

—¿Qué hay?—gritó el joven con voz furiosa.

—¡Soy Isabel!—explicó la joven, azorada.

—¿Quiere abrirme de una vez?

—Voy en seguida.

Isabel abrió la puerta y se quedó mirando a Mauricio. Este, despeinado, impaciente y furioso, con los brazos cruzados sobre el pecho miraba fijamente a la recién llegada.

—¡Señorita! ¿Por qué me ha hecho objeto de una broma semejante?

—No se trata de una broma—re-

puso ella, deteniéndole con un ademán.—Quería hablarle.

—Y para hablarme me tiene usted cinco horas encerrado?

—Perdóneme... no era mi intención retenerle tanto rato; me dormí y...

—¿Y por qué me ha enjaulado como a un oso?

Isabel titubeó un momento y cerrando los ojos, como quien se tira al agua helada en pleno enero, dijo:—Sencillamente... porque le he raptado a usted, señor Viera.

En el rostro de Mauricio se reflejaron todos los sentimientos imaginables. Primero duda, luego asombro, sorpresa, estupor...

—Temo haber oído mal... ¿Quiere repetirlo?

—Porque le he raptado a usted, Mauricio lanzó una cartajada nerviosa y apartándose de ella se fué a sentar sobre un saco.

—¡Es usted absurda!

—No hago más que practicar lo que usted me aconsejó.

—¡Que yo le aconsejé... que me raptase!—gritó él, levantándose iracundo.

—Usted dijo en una de sus novelas que la violencia era conveniente cuando poseyendo la seguridad de ser amado, el otro no se había dado cuenta de sus propios sentimientos.

—Bien, ¿y qué?—gritó aun más fuerte el «raptado».

—Pues que yo trato ahora, como en su novela, de despertar su amor—repuso ella angustiada.

—¿Va usted a descubrirme que estoy enamorado?

—Eso mismo.

Mauricio dulcificó un poco su tono. Creyó encontrarse ante una niña tonta y no quería dañarla demasiado.

—Creo no comprenderla bien, Isabel. ¿Es usted lo suficiente ingenua para... declarármelo?

—No se trata de mí, se trata de Beatriz — dijo ella ruborizándose hasta la raíz de su cabello — Sé que la quiere a pesar de que no se da cuenta usted mismo.

—¿Que... yo quiero a Beatriz? — exclamó él, asombrado —. ¿Que yo...?

—Sí; por eso me propuse que no se marchara sin declararle su amor. Ayer mismo me dio usted la idea hablando de su novela. El enamorado raptó a la muchacha para hacerla reaccionar... y...

—Entonces... ¿es verdad que me ha raptado? El rapto de Mauricio de Viera... ¿Es usted sencillamente grotesca?

—Tengo yo la culpa si escribe usted unas cosas y piensa otras?

—objetó ella, rabiosilla e indignada.

—¿Y tengo yo la culpa de ser mal interpretado? Jamás he dicho una palabra a su hermana que tuviera otra intención que la de una cortesía natural.

—¿Y el beso? ¿También es una cortesía dar un beso?

—¿Qué beso? — inquirió Mauricio, no recordando el hecho.

—¡No se haga el inocente! Ayer le dio un beso en el cabello cuando la llevaba en brazos.

—Se quejó por el dolor del pie. Igual lo hubiera hecho con un niño herido.

—¿Pretende que le crea?—chilló ella, aumentando el tono de la discusión—. Un día dije que era usted simpático, hoy me parece usted odioso.

—¡Isabel!

—No retiro el adjetivo.

—¿Y qué debo pensar de una mujer que rapta hombres?—dijo él, atacando a la fierecilla.

—Es usted un grosero, casi estoy por dejarle encerrado varios días.

—¿Sí, eh? No sabe que con este retraso me ha estropeado el negocio más importante de todo el año?

—También usted ha estropeado la vida de mi hermana.

—Todo eso son fantasías suyas.

Mi consejo es que culde usted su calenturienta imaginación.

La joven no pudo contener por más tiempo sus nervios y sin encomendarse a Dios le soltó un sonoro bofetón.

—¡Isabel!—gritó Mauricio con tono amenazador y sujetándola fuertemente—. Me dan ganas de darle un cachete... pero es usted... una chiquilla... ¡adorable!

Y con brusca transición, cogiéndole la cabeza la besó en la frente en el preciso instante en que ante la puerta del torreón aparecía tía Patricia acompañada de Beatriz y Tony, que quedaron silenciosos contemplando la escena. Tía Patricia, indignada; Beatriz, con sensible desilusión, y Tony boquiabierto.

Isabel se separó de Mauricio precipitadamente, buscando un insulto en su pensamiento.

—Es usted un...

—Perdone, Isabel, estaba usted tan graciosa entadada... tan incitante...—repuso él, confuso.

—Es usted un besucón; ayer besó a Beatriz, hoy a mí.

—Le aseguro...

—Basta. Ha interpretado mal mi fatal idea de raptarle; deseo no volver a verle.

Isabel se dispuso a marchar viendo con sorpresa la presencia de su tía y su hermana.

Tía Patricia ponía de relieve su indignación.

—¿Qué vergüenza! ¿Este es el modo de comportarse?

La joven salió corriendo del torreón abriéndose paso entre los visitantes y dirigiéndose hacia su casa. Ya en su habitación, cogió una pequeña maleta y la llenó de varios útiles indispensables, saliendo de nuevo a todo correr hacia «Los Abetos».

Allí encontró a doña Belén que se despedía de doña Asunción. Gladys y Sprules despedían también a la millonaria.

—¡Aun llego a tiempo! ¡Qué suerte!—exclamó, sudorosa y cansada.

—¿Ha visto usted a Mauricio?—le preguntaron.

—¿Mauricio? Creo que está en el torreón, donde habla de hacer unas fotografías... Se le cerró la puerta estando la llave por fuera... Esto he oído decir. Mi tía lo ha encontrado y vienen para acá.

—¿A quién se le ocurre hacer fotografías?—comentó Sprules.

Gladys demostró con el gesto que no creía lo que Isabel acababa de decir.

El americano preguntó el porqué llevaba la maleta y ella contestó:

—Vengo a decir que tía Patricia

consiente en dejarme ir con doña Belén.

—Esta la abrazó contenta.

—¡Qué alegría! ¡Cuánto nos vamos a divertir!

—Debemos marchar cuanto antes. Ya me he despedido y quisiera evitar otro mal rato.

Evidentemente lo que quería Isabel era evitar, no el mal rato de la despedida, sino la justa reprimenda de su tía y el tener que presentarse de nuevo ante Mauricio y los demás.

—Ahora mismo; sube al coche.

Doña Belén e Isabelita subieron al coche y despidiéndose de los circunstantes partieron rumbo a la capital.

La millonaria avasallaba a la joven con su palabrería incansable. Isabel contestaba con monosílabos, no siempre de acuerdo con la pregunta o comentario de doña Belén. El pensamiento de la fugitiva estaba muy lejos de lo que le hablaban, y no acababa de coordinar exactamente sus ideas.

De una parte la actitud irreflexiva de Mauricio. Ella comprendía que el escritor podía estar verdaderamente indignado por la broma pesada que le había hecho; quizá no acababa de comprender el alcance que había tenido su rapto en los asuntos comerciales, pero ello obró

cegada por amor a su hermana y deseosa de que cristalizase en un cariño verdadero. Para ella no había otros negocios más interesantes que los del corazón y obedeciendo a impulsos del suyo, realizó su insensato rapto. Lo que no había contado Isabel es que reaccionara de tal modo, que la diera un beso en lugar de propinarle la paliza que se merecía, y para colmo de calamidades la presencia de su tía, con Beatriz y Tony, acabaron de desconcertarla.

¿Qué iba a pensar Beatriz, a quien se ofreció a ayudar, después de haberla visto abrazada a Mauricio? Calificaría su actitud de traición y las apariencias demostraban tal evidencia.

¿Cuál sería la opinión que se formaría Tony de ella ante la escena del torreón?

Lo sentía también en un grado superlativo por su tío. La buena mujer, que se había sacrificado por la educación de sus sobrinas, veía que a la primera oportunidad Isabel se comportaba de una forma bastante incorrecta.

Fue por ella que decidió marcharse con doña Belén. Cuando los ánimos de los habitantes de «La Rinconada» estuvieran calmados, les podría explicar con serenidad todo cuanto había ocurrido; pero para

ello tenía que obrar con tacto para no revelar a su tía y a Tony que su maniobra había sido para atraer a Mauricio hacia Beatriz.

El coche iba deslizándose hacia la capital, mientras la linda joven se debatía entre estos pensamientos. Doña Belén, cansada de hablar y por lo temprano de la hora, acabó por dormirse, de lo que Isabel se alegró, quedando libre con sus pensamientos que cada vez estaban más confusos.

Llegados ya a la suntuosa mansión de doña Belén, se inició una nueva vida para las dos mujeres. La millonaria, viendo que Isabel estaba entristecida, planeó unos viajes al

extranjero, con los que contaba distraerla. Ella aceptó gustosa porque pensaba que con ello conseguiría olvidar todo lo ocurrido y en un momento dado poder volver a casa de su tía, con la atmósfera que se había formado de su caso con Mauricio totalmente disipada.

En el pensamiento de la joven también ocupaba un destacado lugar el famoso escritor. Ella creía que lo odiaba con toda su alma, pero cuando trataba de desmenuzar este sentimiento, se daba cuenta de que no tenía demasiados motivos para ello. Decidió alejarlo de su pensamiento y consagrarse a su gran afición: el canto.

PREPARANDO EL DEBUT

HACIA varios meses que Isabel vivía con doña Belén. A pesar de que todo aquel tiempo habían viajado mucho e intentado divertirse, la joven estaba algo amargada, porque no recibía contestación a sus frecuentes cartas a tía Patricia y a Beatriz. Antes de ser abiertas, iban a parar todas al fuego.

Apoyada por doña Belén, la afición de Isabel al canto iba en aumento y no desesperaba de verse algún día en los primeros lugares de las carteleras de espectáculos.

La millonaria, que con Isabel pasaba una de sus mejores temporadas, no reparaba en gastos para satisfacer los más nimios caprichos de la joven provincianita, y además le

había dotado de un ajuar espléndido.

—Pero esto es demasiado, doña Belén—decía ella ante la nueva recepción de más vestidos, sombreros y zapatos.

—No quiero que me llames así; llámame tía.

—Es demasiado, tía Belén.

—Eso es.

—Todo esto será terriblemente caro—comentó ella dando una mirada a su alrededor.

—No te preocupes. No sabes lo que me divierte gastar.

—Qué buena es usted.

La millonaria sonrió y recordando un detalle que había olvidado le dijo:

—¡Ah! He recibido carta de tu

tía Patricia en la que autoriza tu estancia por tiempo indefinido.

—¿No dice nada especial para mí?—preguntó ella un tanto entristecida.

—No te dedica ni una línea, lo que me extraña mucho.

—Sí, lo extraño.

—Anda, arréglate para la cena. Esta noche tengo una sorpresa... Te presentaré a un hombre encantador.

Isabel asintió y poco después salían para un lujoso restaurante donde las instalaron en lugar preferente. No tardó mucho en acudir el hombre a quien doña Belén aludiera. Representaba unos cuarenta años, de ademanes correctos y con todo el aspecto de un hombre de mundo.

—Ahí está—dijo doña Belén—. Este es el hombre que necesitas.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Para satisfacer tus aspiraciones de artista. Es una autoridad en asuntos teatrales.

—Parece simpático.

No le faltó ocasión a la millonaria para presentarles.

—Isabel, te presento a Miguel Leiva; Isabel Arozamena, una amiga encantadora. Ya le hablé a usted de ella.

Miguel saludó a la joven.

—Encantado.

—Me he enterado de que orga-

niza usted un festival benéfico en el Teatro Auditorium—dijo doña Belén—, y sería una excelente ocasión para el debut de Isabel. ¿Qué le parece?

—Me parece maravillosa—repuso Leiva, mirando a Isabel con admiración impertinente.

El empresario se sentó en la mesa, e iniciaron una conversación sobre temas artísticos. El diálogo fué evolucionando y finalmente convinieron en que la joven acudiría al teatro a realizar unas primeras pruebas con la seguridad de que si cuajaba figuraría como primera parte del programa benéfico que preparaba Leiva.

Este se dedicaba a lanzar nuevas artistas y en el mundillo teatral era conocido como un gran descubridor de estrellas, por lo que cuando se anunciaba una presentación el éxito de público era asegurado y las afiladas plumas de los críticos estaban prestos a censurar duramente el menor fallo que encontraran en la organización o en la calidad del espectáculo presentado.

Esta animosidad contra Leiva quizá era debida a que se trataba de un hombre un tanto altanero y jactancioso que le había granjeado generales antipatías entre la crítica. Pero ésta no tenía más remedio que aceptar como bueno lo que verdaderamente

ramente lo era, y Leiva se preciaba de no presentar nada mediocre.

Los primeros ensayos dieron el resultado apetecido. El empresario estaba entusiasmado con su nuevo descubrimiento y decidió lanzar a Isabelita con el máximo de publicidad, seguro de que se iba a anotar otro triunfo en contra de todos sus detractores. Y además contaba con aumentar sus pingües beneficios, sin olvidar de que su nueva «estrella» le gustaba...

Visitando Montserrat días después, a Isabel se le ocurrió dar un paseo con el ferrocarril aéreo. Al acercarse a una ventanilla, tropezó con un caballero. Este se volvió.

—¡Isabel! ¿Qué sorpresa!

—Sí, es sorprendente—exclamó la aludida al reconocer el rostro simpático de Mauricio de Viera.

—Siempre pensé que nos volveríamos a ver.

Lamento que este encuentro se haya producido.

—¿Me guarda rencor?—inquirió Mauricio.

—No tenemos nada que decirnos, señor... Perdón, olvidé su nombre.

—Viera... Mauricio Viera—repuso él, divertido.

—Es cierto, señor Viera. Por lo tanto, buenos días.

No obstante, él no cejó, seguro de que por aquellos momentos no podía escapársele.

—¿Sabe que no he dejado de pensar en usted desde entonces?

—dijo Mauricio—. Me gustaría que hiciéramos las paces... ¿Por qué se marchó tan repentinamente de su casa? Tuvo mucha gracia.

—Es usted un indelicado al recordar cosas que por caballerosidad debe olvidar.

—¿Olvidar? ¿Cómo voy a olvidar su carita llorosa y furibunda? ¿Usted ha conseguido olvidarlo?

—Sólo recuerdo con agrado el instante delicioso en que le di la bofetada.

Aquel fué el primer encuentro después del incidente en la sierra, pero fueron sucediéndose en tal forma que ya no se podía dudar de que Mauricio la asediaba abiertamente. Fueron varias las veces en que Isabel salió de paseo en coche y se encontró por carretera al escritor; incluso en una de ellas, el joven, alegando tener averiado el coche, se hizo remolcar por el coche de ella hasta el próximo puesto de reparaciones.

—¿Qué le ha ocurrido?—le había preguntado ella al ver su coche estrellado contra la cuneta.

—Un percance—repuso el tranquilamente.

—¿Necesita usted el «gato»?

—¿Un gato? ¿Qué falta le hace ahora un animalito de esos?

—Es usted muy ingenioso—contestó ella despectivamente.

—Los novelistas somos seres inútiles—dijo él, aludiendo a su ignorancia en saber arreglar el coche.

—Esa es mi opinión.

—No me va a dejar abandonado, ¿verdad, enemiga Isabel?

—¿Qué quiere que haga aquí? Yo tampoco entiendo nada en motores.

—Mi opinión es que las divas también son algo inútiles.

Al fin convinieron en que remolcaría el coche. Pero dos minutos después de haberlo dejado en el taller de reparaciones, el coche de Mauricio estaba de nuevo en la carretera, junto al de Isabel.

Aquella misma tarde, Isabel había asistido a un ensayo patrocinado por Leiva, donde había cantado maravillosamente una canción y a la salida se encontró con el inevitable Mauricio.

—Buenas tardes, enemiga — le dijo —. Ha cantado usted hoy destetablemente.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar en el escenario y cómo sabía que vengo a cantar?

—Yo lo sé todo—repuso él, pe-

ro Isabel, sin hacerle caso, salió al exterior, viendo con estupor que empezaba a llover.

Mientras ella se disponía a esperar un taxi, Mauricio se situó a su lado, protegiéndola con su paraguas abierto.

—No se tome la molestia, voy a coger un taxi...

Pero el taxi que pasaba en lugar de pararse la salpicó de barro, obligándola a volver a la acera.

—¿Por qué se preocupa tanto de mí?

—Será porque me interesa su personita—repuso él.

—Resulta grotesco flirtear bajo un paraguas. ¡Aborrezco los hombres con paraguas!

—Este no es mío; lo cogí del guardarropia del teatro previendo lo que iba a pasar... ¿Cuándo permitirá que le invite a comer o a tomar el té?

—¿Está usted loco! Tiene la osadía de invitarme a comer... ¡a mí!

—A merendar o a comer, lo mismo da.

—Señor...

—Viera.

—Sus bromas colman la medida. Nuestra amistad es imposible.

—Le pesará.

—¿De veras? — pidió Isabel —. ¿Hablará mal en la prensa de mi debut?

—De usted no hay nada malo que decir, Isabel. Además, no debutará.

—¿Que no debutaré?

Isabel estaba francamente sorprendida e indignada por tanta osadía en aquel hombre, que no sabía si odiaba o encontraba simpático.

—Que no debutaré—afirmó él, seguro de sí mismo.

—¿Puedo saber por qué?—repuso ella, riendo sin ganas.

—Porque yo no la dejaré, me da celos...

—¿Celos?

El asombro de Isabel era grande, pero no tuvo ocasión de continuar aquella disquisición. El coche de Miguel Leiva acababa de pararse junto a ella y su propietario abrió la portezuela, diciéndole:

—Suba, Isabel; he llegado al teatro cuando usted acababa de salir. ¿Se ha mojado mucho?

Leiva reparó en que Mauricio estaba junto a su descubrimiento artístico y con toda su cortesía, no exenta de celos, dijo:

—¿Iba acompañada? Si quiere subir su amigo...

—No se trata de un amigo—repuso ella, subiendo al coche sin despedirse de Mauricio.

—¿Quién es ese tipo?—preguntó Leiva cuando el coche se puso en marcha.

—Le advierto que es un buen muchacho.

El coche se perdió entre la circulación de la calle, mientras el escritor quedó en la acera aguantando la lluvia y un tanto desilusionado por la repentina marcha de la futura diva. Pero era un hombre optimista y sabía esperar, por lo que optó por regresar a su hotel, donde poco después tuvo que recibir visitas: nada menos que a Sprules y Gladys, a quienes no había visto desde su regreso de la sierra.

—¡Hola, perdido! — exclamó Gladys al ver a Mauricio.

—¿Qué os trae por aquí?—inquirió éste.

—Quería cerciorarme de si era cierto que habías desaparecido, como algunos aseguran—dijo la americana, sentándose en una butaca.

—¿Por qué motivo?

—No te he visto desde que volvimos de la excursión—repuso ella, cogiendo las revistas que Mauricio estaba leyendo cuando ellos entraron.

En una de las páginas de la revista aparecía el retrato de Isabel anunciando su próxima presentación como cantante.

—¡Es Isabelita! — exclamó Gladys—. ¡Ya he leído su debut! Hará una gran carrera, pero es lástima que la presente ese tuno de Leiva.

Tiene mala fama en cuestión de faldas.

—No creo que se tome la libertad de hacerle al amor — repuso Mauricio en un tono que hizo renacer el despecho en el alma de la joven extranjera. Sprules tomó una actitud displicente.

—¡Ah! ¿Conque era eso?—dijo ella.

—¿Eso... qué? — repuso Mauricio, agresivo.

—Tu desvío, tu retraimiento, tu vida misteriosa.

—Mira, no divagues ni opines ni

preguntes ni especifiques—contestó él, imitando su retahíla.

Gladys no contestó. Dió una vuelta por la habitación y se quedó de pie ante un pedestal en el que se sostenía una pecera con un solitario pececillo.

—No, hijo, no; guarda tu secreto... El único que podría revelárnoslo es Baltasar—dijo Gladys, aludiendo al pez—, y es más impenetrable que su amo.

La entrevista no se prolongó. Era ya innecesario y los americanos optaron por marcharse.

EL AMOR ES CONTAGIOSO

GLADYS tenía razón. Miguel Leiva era un hombre sin demasiados escrúpulos, con una historia amorosa un tanto borrasca y un prestigio en este sentido harto dudoso.

Por ello no es de extrañar de que Isabelita, con toda su ingenuidad, no se diera cuenta de las habladerías de la gente, hasta que en un momento dado no le dijeron claramente lo que de ella se suponía, naturalmente por parte de los suspicaces, que sólo ven el lado malo de las cosas, sin pensar que la joven provinciana era de una intachable moralidad.

Isabel hallábase en el teatro arreglando un poco su rostro antes de marcharse, una vez terminado el en-

yo, cuando se acercó a ella una actriz que a todas luces pregonaba su calidad, preguntándole:

—Hoy no ha venido el señor Leiva. ¿Es que están de monos?

—No la comprendo—repuso Isabel ingenuamente.

—No pasará de ser una riña de enamorados.

La joven se puso en guardia, comprendiendo de qué lado venía el ataque.

—El señor Leiva y yo somos dos buenos amigos únicamente.

—¡Qué angelitos! —comentó la actriz riendo burlonamente.

—Siento no poder decir lo mismo de usted—repuso ella con entereza.

—¡Caramba! ¿También sabe ser insolente? Conmigo no le vale. He

adivinado que sus modales de niña ruborosa no son más que un engaño para llevarse los millones de Miguel. Pero no espere que lo consienta. Miguel ha sido novio mío. ¿Se enteró?

Isabel estaba indignada.

—Puede quedarse con él y con sus millones; aunque dudo que se deje conquistar por una mujer tan vulgar.

—¡Me insulta esta mosquita muerta! Todo el mundo sabe que es la amiga de turno de Leiva, que le paga los trajes y le hace debutar —gritó la actriz, loca de rabia y acercándose a Isabel amenazadoramente.

Pero la linda provincianita, al sentir en su alma el grave insulto, no pudo contenerse y la abofeteó. La actriz tampoco era manca y se liaron a bofetadas a pesar de los esfuerzos que hacían los circunstantes para separarlas.

Finalmente, cuando lo consiguieron, Isabel, asustada y llorosa, salió corriendo hacia la calle con afán de huir de aquel lugar.

Allí se encontró de nuevo con Mauricio, que en el acto comprendió cuanto había ocurrido. Cogiéndola del brazo amorosamente la llevó hasta su coche haciéndole subir. Una vez dentro, lo puso en

marcha, mientras Isabel se puso a llorar angustiosamente.

—Llore lo que quiera—exclamó él—, no se preocupe por mí.

—Yo... yo...

—No me explique nada—repuso Mauricio, dándole su pañuelo para que secase sus lágrimas—. Yo la pasearé hasta que usted diga basta. El coche fué avanzando velozmente por las calles de la ciudad hasta que ella se calmó.

—Tengo un... un disgusto horrible—pudo decir al fin.

Mauricio, con afecto, la atajó hacia sí, diciéndole con voz cariñosa:

—Apóyese en mí... Tranquilícese y no sufra.

En aquellos momentos el coche llegaba al muelle, por lo que el escritor lo detuvo y descendieron, contemplando el paisaje.

—Esta vista es muy bonita—comentó Mauricio.

—Mucho. Parece Venecia.

—Sí; allí también hay agua y barquitas—repuso él sonriendo.

—Es usted mejor de lo que creía.

—Sí; soy muy bueno; el amor hace milagros.

Isabel pareció sorprenderse ante la salida de Mauricio. Y para no contestar nada concreto, inquirió, extrañada:

—¿El amor?

—La quiero, Isabel—dijo él seriamente—. Me di cuenta de ello... aquella mañana en el torreón. Le suplico que me crea. Cuando usted se marchó, adiviné que no volvería a ser feliz hasta...

Mauricio se detuvo en su declaración. ¿Le faltaba valor para proseguir, o no se atrevía a exponer la idea que germinaba en su mente? Isabel le estimuló a que continuase.

—¿Hasta qué?

—Hasta que volviese a besarla de nuevo.

La provincianita acogió en silencio las palabras del joven. Ambos estaban emocionados y para cortar la embarazosa situación, se sentaron al estribo del coche.

—Algún día me querrá usted también—dijo él, rompiendo el silencio.

—¿Por qué tiene esta esperanza?—inquirió ella con una risilla que quería ocultar su nerviosismo.

—Porque el amor es contagioso.

—No sé cómo agradecerle su bondad de hoy—repuso Isabel, desviando el tema.

—Acepte el venir a almorzar o a cenar en mi compañía.

—¿Por qué tiene ese interés en invitarme?

—Quiero ver cómo se lleva el tenedor a la boca.

Los dos rieron por la ocurrencia de Mauricio.

—No sea tonto—dijo ella, casi vencida por la simpatía del escritor.

—¿Vendrá conmigo?

—Sea.

—¿Palabra?

—Palabra.

La afirmación de Isabel le alegró visiblemente, puesto que se levantó y se puso a bailar y cantar, lleno de contento.

—Estoy contento. ¿Qué desea en este momento? ¿Que me tire al agua? ¿Que le cuente un transatlántico? ¿Que atropelle al primer guardia que veamos?

—¿Que me lleve usted a casa!—repuso ella, levantándose.

—Usted manda, querida enemiga—contestó él, abriendo ceremoniosamente la puerta del coche, en el que montaron los dos, partiendo hacia el domicilio de doña Belén. Se despidieron en la puerta: Isabel se encontró con una impaciente visita.

—¿Tan grande es su amistad con ese tipo que mientras paseaba con él olvidó que estaba citada conmigo?—repuso el visitante, que no era otro que el desprestigiado Miguel Leiva.

—Creo que tengo derecho a elegir libremente a mis amigos—repuso ella, un tanto en guardia ante la

revelación que había tenido aquella mañana del concepto en que se tenía a su representante artístico.

—Desde luego... pero es que estoy... celoso.

—¿Celoso? ¿También usted? —comentó ella con punzante ironía.

—Sí, Isabelita. ¿No lo sospechaba? Por eso quiero hacerla rica y famosa... para que todo me lo deba a mí.

La presencia de doña Belén, que acababa de entrar en aquel momento, libró a Isabel de una conversación enojosa.

—¡Ah, doña Belén!...—exclamó Leiva, un tanto molesto por la intrusión, pero siempre correcto.

—Le buscaba a usted. Hemos de ultimar algunos detalles referentes al debut.

Isabel se quedó sentada en un sillón, triste y abatida, mientras sus favorecedores hablaban largamente sobre algunos detalles publicitarios y de organización de su presentación como cantante, que iba a producirse más pronto de lo que ella hubiera deseado.

Casi sin darse cuenta, llegó el día que antes ansiara con tanta emoción y que en aquellos momentos, con todo y la importancia que ella misma quería darle, ocupaba un lugar secundario en su incierto corazón.

Estaba en casa de doña Belén ultimando su tocado, cuando le llevaron una hermosísima canastilla de flores. Isabel cogió la tarjetita sujetada en el mimbre y leyó con displicencia:

«Mi aplauso anticipado y todo mi amor.—Miguel Leiva.»

Doña Belén, que había acudido al ver las flores, no pudo reprimir un comentario de sorpresa, dándose cuenta de la actitud despectiva de la debutante.

—¿Qué es eso, Isabel? ¿No te agradan las gardenias y los jazmines azules?

—Me encantan, pero tengo un miedo terrible.

—¿Miedo? Si va a ser el día más divertido de nuestra vida.

Mientras doña Belén daba disposiciones para la colocación de las flores, Isabel acudió a una llamada telefónica. Era Mauricio.

—Se trata de recordarle una promesa—dijo el escritor.

—¿Cuál?

—La de cenar conmigo hoy.

—Estoy dispuesta a cumplirla, pero esta tarde es imposible. Hoy es mi debut.

—Lo recuerdo perfectamente—dijo él, obstinado.

—Comprenderá que no puedo dejar de debutar.

—Nadie habla de ello. Cenará

conmigo y la acompañaré al teatro a la hora justa. Tengo su palabra...

—Pero... no podría dejarlo para mañana.

—Si no viene hoy me consideraré el hombre más desdichado de la tierra.

—En ese caso, no voy a poder negarme—concedió Isabel, más de buena gana que lo que ella misma creía.

—¿A qué hora voy a buscarla?

—No; no venga aquí... Yo iré adonde indique.

—Le espero a las siete en la parrilla del Saboya... ¡Adiós, Isabelita!

A la hora convenida, los dos jóvenes estaban cenando en el restaurante del hotel donde vivía Mauricio. El ambiente lujoso que se respiraba y las melodías que desgranaba la orquesta del local, contribuía a dar animación a su charla. Isabel, a pesar de que había corrido muchas ciudades con doña Belén, se hallaba un tanto admirada.

—Vive usted en una linda choza—comentó.

—¿Le gusta? Yo mismo la he fabricado con hojas de palmera.

—Ya sabía yo que era usted un poco Robinson. Comprendo que viviendo en este ambiente escriba tan bellas novelas.

—Hoy he publicado otra.

—¿Sí? ¿Cómo se titula?

—¡«Estoy loco por Isabel»! ¿Le gusta el título?

No obtuvo respuesta verbal, pero sí pudo leerla en los ojos de ella, que bailaban de contentos y en su risa cristalina, que sonó en sus oídos como música celestial.

—¡Por fin la tengo frente a mí!—comentó él nuevamente.

—Por favor, si sigue mirándome así no podré pasar bocado.

Finalmente, Mauricio se decidió a hablar. Estaba cansado de andar con rodeos e indirectas y lo más claro era decir las cosas por su nombre.

—Oígame usted—dijo—: lo que le he dicho de mil modos distintos, voy a decirselo directamente. Isabel, ¿quiere usted casarse conmigo?

—No puede ser—contestó Isabel tras una pausa en que reflexionó el alcance que podía tener su contestación.

—¿Por qué?

—Por Beatriz.

—¿Sólo por eso? Un día respondió usted: «Porque no le quiero». ¿Hoy ya no está segura de ello? Dígame al menos que no es imposible.

Mauricio cogió la mano de ella, esperanzado ante la contestación recibida. Isabel la retiró y para desviar la conversación, hizo como si

no hubiese oído la pregunta. Y preguntó a su vez:

—¿Podría decirme si esto es caviar?

—Sí; ese potingue es caviar—repuso él un tanto despechado.

Isabel lo probó.

—No lo he probado hasta ahora. No está mal.

La conversación fué girando por temas intrascendentes y la cena se deslizó dentro del ambiente amable y acogedor del elegante salón. Cuando terminaron, Isabel se levantó, comentando:

—Ha sido deliciosa la cena, Mauricio... Los vinos se me han subido a la cabeza... Casi siento calor.

—¿Quiere subir a la terraza?—ofreció él.

Isabel asintió con un movimiento de cabeza y salieron a la terraza, donde se respiraba una brisa reconfortante.

—¡Qué agradable es vivir!—exclamó ella, apoyada a la barandilla y con un certero impulso de su corazón.

—¿Cuando estamos juntos?—repuso él quedamente y junto a su oído.

—Es deliciosa la ciudad, y la cena... todo. Esta noche me siento feliz.

—¡Si pudiera ser siempre así!...

¿No ha deseado nunca retener la vida un momento?

—Nunca... hasta ahora.

Mauricio le cogió la mano, comprendiendo lo que encerraban las palabras de la bella provincianita.

—Lo siente así porque me quiere a pesar suyo.

Isabel estaba emocionada y contribuyó a ello el que la orquesta del salón iniciara los primeros compases del vals que bailaron con Mauricio en la fiesta de tía Patricia.

—¿Oye?—dijo él— Es nuestro vals. ¿Bailamos?

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

Empezaron a bailar lentamente, como si se dejaran mecer al compás de la música. Estaban verdaderamente emocionados. Mauricio se detuvo y sin soltarla exclamó:

—¡Isabel!

—Mauricio... soy tan feliz. No sé lo que me pasa...

La joven reaccionó de pronto, recordando que aquella noche era la de su debut y que si continuaba allí acabaría cediendo al amor que le ofrecía Mauricio, al que habría dado palabra de matrimonio.

—Debe ser hora de marcharme—dijo, desasiéndose suavemente de los brazos de Mauricio.

—No se marche—exclamó él—. Desista de debutar.

—Está usted loco.

—No quiero que debute. Odio a ese maldito empresario.

La presencia de un criado interrumpió la discusión.

—Señor...

Mauricio se inclinó ante Isabel, pidiendo venia para atender al criado, con el que habló un breve instante. Luego acudió al lado de la joven, diciéndole:

—Isabel, me advierten que en mi saloncito particular le espera su... empresario.

—¿Miguel ha venido? Ya sabía yo que no me dejaría en paz.

—La espera arriba.

—¿Quiere acompañarme?—pidió Isabel—. Temo que haya ocurrido algo imprevisto.

Mauricio accedió. No esperaba otra cosa, y se dirigieron a sus habitaciones particulares donde vieron que el empresario no estaba.

—No está aquí—dijo Isabel—. ¿Se habrá vuelto a marchar?

—Mi criado telefoneará al vestíbulo preguntando si ha salido.

Isabel se dirigió a la pecera para contemplar a «Baltasar», mientras Mauricio se acercaba a la puerta y la cerraba.

—Es muy elegante su saloncito—dijo ella.

—¿Le gusta? Voy a presentarle a «Baltasar».

—¿Quién es Baltasar?

Mauricio señaló a la pecera.

—¡Qué gracioso!—comentó Isabel—. ¿Por qué le llama Baltasar?

—Porque vive como un rey en esa pecera tan grande para él solo. Es un gran amigo mío.

Isabel perdió interés por el pez. Estaba impaciente y nerviosa por la hora que era y ante lo que ella creía que era la desaparición de Miguel.

—Si el criado no viene... Y temo que se haga tarde. ¿Quiere usted acompañarme al teatro?

Mauricio la detuvo con un ademán cuando ella se dirigía hacia la puerta.

—Isabel... ¿sigue empeñada en debutar?

—No sea terco, Mauricio. Ese es mi deseo y ya no tiene remedio.

Mauricio, adoptando un aire resignado pero firme, le dijo:

—He mentido diciéndole que le esperaba aquí su empresario. Usted no debutará.

—¿Ha dicho que no debutaré?

—inquirió ella, como si no hubiese comprendido.

—Exactamente.

—No sé cómo podrá evitarlo.

—No dejándole salir de aquí hasta dentro de una hora—repuso Mauricio, señalándole un reloj que marcaba las nueve.

—Veo que se ha vuelto loco—re-

puso ella, molesta y dirigiéndose resueltamente hacia la puerta se despidió: — Adiós.

Pero al llegar ante ella vió que estaba cerrada, lo que la puso fuera de sí.

—Entonces esto significa...

—Sencillamente, que la he rapado a usted — contestó tranquilamente Mauricio, sentándose en uno de sus confortables butacones.

—Es una broma pesada.

—No es broma, La violencia es conveniente en circunstancias extraordinarias.

Mauricio iba repitiendo todo cuanto le dijera ella la mañana en que le encerró en el torreón de tía Patricia. E Isabel pensaba que todas las promesas del escritor sólo habían tenido por objeto hacerla caer en la encerrona que le tenía preparada para vengarse de aquel hecho. Le dolía más que la insinceridad que suponía en Mauricio que por el hecho de no poder efectuar su presentación ante el público.

—¿Para eso me ha hecho venir? ¿Para devolverme lo que le hice en el torreón?

—Aborrezco la idea de verla en escena patrocinada por Leiva.

Isabel estaba decepcionada y a punto de llorar. No sabía lo que se decía.

—¿Y supedita mi carrera, mi vocación, mi felicidad...?

—Su felicidad no es ésa—repuso con firmeza Mauricio— Leiva es un vividor y su sola compañía le ofende. Por lo demás, como no quiero que piense mal de mí... voy a marcharme dejándola aquí encerrada... y volveré a la hora justa... ¡Ah! no pase cuidado, que yo no me dormiré.

Mauricio se dirigió hacia la puerta y ella salió a cortar el paso.

—Por favor, Mauricio, déjeme salir. Si no me deja salir gritaré.

—No lo hará, sería un escándalo desagradable.

—Jamés volveremos a ser amigos.

—Será usted siempre mi adorable enemiga.

Isabel se paseaba nerviosamente por la habitación increpando duramente a su carcelero.

—¡Le odio!

—Ya me lo ha dicho infinidad de veces y jamás le he creído.

—¡Es usted un fatuo!... Aunque no debute, nunca me casaré con usted.

—Espero que sí.

—¡Le aseguro que no!—contestó ella con un grito, y volviéndose rápidamente, fué a iniciar un nuevo paseo, pero tropezó con su vestido cayendo sobre la columna donde es-

taba la pecera; haciéndola tambalear y cayendo con gran estrépito. Al intentar detenerla, Isabel perdió el equilibrio y cayó sobre el agua despararrada por el suelo.

Mauricio corrió a socorrerla, levantándola en vilo y sentándola en una butaca. El pobre «Baltasar» coleteaba por el suelo.

—Criatura rebelde. Ahora ha estropeado su vestido y ha matado a «Baltasar»... No se apure, Isabelita; acérquese a la chimenea.

Pero el vestido estaba chorreando e Isabel no tuvo más remedio que refugiarse en la habitación de Mauricio y quitárselo. Saliendo de nuevo, fué a sentarse junto a la chimenea, metida en un albornoz que le venía «un poco» ancho. Mientras tanto, el escritor había solicitado un servicio de té, que se ofreció a servir el mismo.

—Tome esta taza de té—exclamó él, y dándose cuenta de lo mal que le iba su albornoz, dijo—: ¡Qué bien le sienta mi bata! ¡Parece hecha a su medida!

—¿Por qué se habrá cruzado usted en mi vida?

—Porque Dios lo ha dispuesto así—repuso Mauricio seriamente arrodillándose ante la chimenea para atizar el fuego.

—De no haberle conocido no hu-

biera salido de la aldea, ni hubiera intentado debutar, ni...

—...Ni se habría muerto mi pobre «Baltasar» —concluyó él, cogiéndole de las manos sin perder su posición de arrodillado ante la chimenea.

En aquel mismo momento se abrió la puerta apareciendo Gladys.

—Perdón —exclamó la americana, mientras los dos jóvenes se volvían hacia la puerta estupefactos—. Siento haberles interrumpido.

La extranjera hablaba con sarcasmo. Mientras en el teatro doña Belén, Leiva y Sprules estaban como locos intentando localizar donde pudiera hallarse la debutante, Gladys había supuesto que la encontraría en el hotel de Mauricio y por ello no vaciló en presentarse allí, acertando por casualidad y creyendo equivocadamente que la escena que veían sus ojos era muy otra.

—¡Gladys! —exclamó Mauricio casi gritando.

—He venido desde el teatro porque tengo cierta intuición.

—¿Qué ha pasado allí?—inquirió Isabel, un tanto angustiada.

—Le han buscado por otros sitios. Yo he sido más lista... Es usted bastante... desenfadada. Mientras el público está esperando... se

dedica con su amado de turno a representar escenas de amor.

Isabel se levantó indignada, mientras Gladys contemplaba la silla en que estaba el mojado vestido de la joven secándose junto a la lumbre.

—Isabel vino aquí esta noche —explicó Mauricio— porque yo no he consentido en dejarla debutar.

—¡Ah! ¿De veras?

—Pensamos casarnos la semana próxima —concluyó diciendo Mauricio.

Gladys no pudo ocultar su decepción. Mauricio había adoptado una heroica decisión para que la extranjera no interpretara mal las cosas que habían ocurrido.

—Tendré que felicitaros. Es una chica lista y sabe elegir —dijo Gladys—. Leiva es más rico, pero no hay quien le lleve al matrimonio. Mi felicitación, queridos.

Y, dirigiéndose hacia la puerta, dijo:

—Ya os enviaré mi regalo.

Tras el portazo que dió la americana, Mauricio se acercó a Isabel, que estaba llorando, con la cara oculta entre las manos.

—Isabel, no sé cómo pedirle que me perdone.

—¡Oh, déjeme!

—Isabel —insistió Mauricio—, le juro que no sospechaba el alcance y el giro que tomaría el asunto.

—No se moleste en disculparse —repuso ella, algo tranquilizada—. Ahora no le queda otro recurso que someterse... Ni mi nombre puede quedar en entredicho ni el de doña Belén tampoco. Pero eviteme la mortificación de su presencia hasta el día de la boda.

La situación de los dos jóvenes era verdaderamente violenta, pues si bien Mauricio deseaba ardientemente casarse con Isabelita, su deseo habría sido de que los hechos se produjeran de distinta forma. Para ella tampoco le era indiferente Mauricio, pero las circunstancias que la llevaban a tal boda eran tan extraordinarias que tampoco podían satisfacerla. Por encima de ello había también su deber de hermana; estaba convencida de que Beatriz se había enamorado de Mauricio y se consideraba incurso en un pecado de traición el haberse ofrecido para mediar en aquellos amores y acabar casándose con el adorado de su hermana.

NOCHE DE BODAS

LOS periódicos se hicieron eco de un hecho sensacional. Las primeras páginas de toda la prensa nacional y extranjera publicaban titulares como: «La muchacha que por amor renuncia a su carrera artística», «Acepta el amor de un hombre y suspende su debut», «Próxima boda de Isabel Arozamena con el célebre novelista Mauricio de Viera».

Fué fijada la fecha sin que entre ellos mediara otra nueva entrevista. Los preparativos parecían más bien de un duelo a muerte que de un enlace entre dos seres que se aman.

Terminada la ceremonia, que se celebró sin pompa ni aparato alguno, los recién casados salieron en

coche dispuestos a una extraña luna de miel.

Por el camino, Mauricio trató de suavizar asperezas.

—Isabel... no pongas ese hociquito y confiesa que no eres tan desgraciada como temías. Vamos, sonríe.

Ella correspondió con una mueca.

—¿Sirve esto?

—No está mal; no quiero ser exigente.

—Tampoco tú llevas una cara muy alegre. Tendremos que fingir amor delante de la gente, aunque nos resulte difícil.

—Difícilísimo—repuso él, burión y con mucha guasa en sus palabras—. No debe nadie sospechar

que somos enemigos irreconciliables.

—Que nos odiamos—añadió ella, pensando en la sorpresa que tenía reservada a su marido.

—Exactamente.

—Nunca te figuraste que tus bromas te obligarían a casarte a la fuerza. Te ha cazado una ridícula provinciana.

—Ya no tiene remedio. Pongámonos al mal tiempo buena cara.

Mauricio se divertía ostensiblemente por el giro que tomaba la conversación, mientras que Isabel cada vez estaba más furiosa al ver que él le seguía la corriente, como si se tratara de una perturbada.

—Lo que más siento es la traición que le hecho a mi hermana.

—¡Es terrible esto de que todas se enamoren de uno!...

Isabel le lanzó una mirada fulminante. Ella hablaba en serio y su marido se lo tomaba todo a guasa.

—¡Vamos más de prisa! Estoy deseando llegar.

—Yo también. Es un hotel paradisíaco; llevo la maleta llena de libros para pasarme toda la semana leyendo.

—¡Qué casualidad! Lo mismo que yo—repuso ella, indignada.

Ya no cambiaron otras palabras en todo el viaje. Llegaron al hotel: un magnífico establecimiento junto

a una playa divina que habría sido digno escenario para una luna de miel de verdad...

La camarera les acompañó hasta sus habitaciones, preguntándoles si deseaban que les fuera servida la cena en ella.

—No—repuso Isabel—; ya hemos cenado por el camino; sólo deseo descansar.

La camarera se marchó y los recién casados giraron una inspección por las habitaciones que les habían asignado.

—Parece un sitio agradable.

—Y la ventaja es que no nos encontraremos a nadie conocido.

Tras de estas palabras siguió un silencio embarazoso. Isabel se sentó en la cama, bostezando.

—Bien... buenas noches, Mauricio.

Y señalándole una puerta contigua, añadió:

—Esa... es... tu habitación.

—Sí... gracias...

Antes de ir hacia allí, Mauricio se detuvo como si fuera a decir algo, pero se contuvo. Finalmente optó por irse a su habitación sin cerrar la puerta y se sentó igualmente a los pies de su cama.

—¡Bien, bien, bien!

—¿Decías algo?—inquirió Isabel al oír que Mauricio murmuraba algo.

—¿Eh! No, nada... que... ¡bien! Espero que estarás bien instalada.

—Sí... muy bien.

De nuevo hizose el silencio. Mauricio estaba nervioso. Empezó a rebuscar por uno de sus maletines y no encontraba lo que ansiaba.

—¡Nada! ¡Ha desaparecido!

—¿Qué ha desaparecido? —preguntó Isabel desde su habitación.

—El cepillo de los dientes, se ha evaporado.

Isabel acudió para ayudarle.

—Aquí está—dijo ella, cogiéndolo de la mano de Mauricio, que no se había dado cuenta de que lo tenía.

—Ah, sí. Gracias. Me he vuelto atolondrado.

Por enésima vez quedaron en silencio, sin saber qué hacer. Finalmente ella se despidió:

—Estoy cansada... Buenas noches, Mauricio.

El no quiso que se marchase de aquella forma y se puso a su lado.

—¡Isabel! Esta es nuestra noche de bodas y te despides así. ¿Tanto rencor me guardas?

Ella se contuvo, y dijo de nuevo:

—Buenas noches, Mauricio.

Y cerrando la puerta tras de sí, dejó a Mauricio en el otro lado, con la cabeza apoyada contra la puerta.

—Eres cruel... ¿No sabes que te quiero?... ¡Isabel!

El escritor hablaba con ternura. Pero de ella pasó a la cólera al ver que no respondía a sus llamadas. Finalmente dejó de golpear la puerta y se echó a la cama, tratando de leer un libro. Isabel hizo lo mismo y no tardaron en dormirse.

LA FUGA

MAURICIO despertó al día siguiente, cuando sólo había podido leer unas pocas páginas del libro que eligiera al azar. La luz de la mañana entraba por la habitación del hotel con toda su brillantez.

No pasaron muchos segundos sin que recordara todo cuanto había ocurrido la noche anterior, por lo que se levantó de un salto y se puso el batín. Se acercó sigilosamente a la puerta de separación de las dos habitaciones y tanteó el pestillo para ver si todavía permanecía cerrada, viendo con sorpresa que ya estaba abierta. «Bah—pensó—, ya se habrá levantado». Abrió la puerta y vió con sorpresa de que no había nadie en la habitación, ni siquiera las maletas de su mujer. En

la cama no aparecían señales de que se hubiera dormido, aunque sí de que alguien hubiera estado acostado.

Mauricio empezó a dar vueltas por la habitación hasta que sobre una mesita encontró una nota firmada por Isabel.

Decía:

«Me voy a casa de tía Patricia. Necesito poner en orden mis ideas y cerciorarme de si es cierto que ya no te odio.—Isabel».

Al terminar de leer la nota, el rostro de Mauricio se iluminó. Evidentemente Isabel le quería y aunque de momento no hubiera querido demostrarlo, no tardarían en ser felices de verdad. Precipitadamente se dirigió a su habitación y se dispuso a hacer el equipaje. Contó que

Isabel habría tenido que coger dos trenes cuyo enlace era bastante problemático y por ello esperaba llegar a casa de tía Patricia con el coche mucho antes de que lo hiciera ella.

Una buena señal era que Isabel le hubiera indicado el sitio donde se dirigía y Mauricio estaba convencido de que las líneas de la nota que le había dejado eran veraces.

Telefonó al garaje que le preparasen el coche y cuando éste acababa de llegar ante la puerta del hotel, Mauricio bajó con su maleta, poniéndose en marcha inmediatamente hacia la finca de tía Patricia.

Volaba, más que corría, por la carretera, con el rostro alegre y una canción a flor de labio, mientras Isabel, metida en un tren avanzaba en la misma dirección, más lentamente y un tanto pensativa ante los problemas que tenía ante sí.

Pocas horas después, Mauricio detenía su coche ante la puerta de la casa de tía Patricia. Martina, acicalada con el vestido de los días de fiesta, salió a abrirla.

—¡Señorito Mauricio! — exclamó la buena criada, sorprendida por la presencia del marido de la pequeña Isabel (que no era ya tan pequeña aunque Martina siguiera considerándola una niña).

—Silencio—le recomendó Mauricio. Y sigilosamente entraron en

el comedor, donde Beatriz, tía Patricia, Tony y otros invitados brindaban con champaña.

Ante la presencia del recién llegado, todos volvieron la cabeza y la sorpresa que tuvieron no es para descrita.

—¡Hijo!—exclamó la tía, que consideraba a Mauricio desde que se casó con Isabel como un verdadero hijo suyo.

—¡Mauricio!—gritó Beatriz con el rostro iluminado.

—¿Aun no ha llegado Isabel?

—Inquirió él, fijo en su idea.

—¿Pero Isabel no viene contigo?

—preguntó tía Patricia extrañada.

Verdaderamente era extraño que al día siguiente de la boda y en pleno viaje de boda se presentase el marido, dejando a la mujer en un tren.

—¡Isabelita ha hecho alguna de las suyas!—dijo Tony cuyo voz pudo oírse entre la algarabía que armaban todos al querer preguntar al mismo tiempo y mezclando con los saludos y parabienes que dirigían a Mauricio.

—No se asusten, ya les contaré; mi mujer también viene hacia acá.

—¡Magnífico! — gritó Tony—. Sólo faltabais vosotros para que la fiesta estuviese completa... Brindaremos por nuestra felicidad...

—¡Eh!—inquirió Mauricio, igno-

rante de cuanto ocurría en la casa.

Beatriz se adelantó para explicarle:

—Tony y yo nos prometimos hace dos semanas. No es lo dijimos porque pensábamos ir a veros. Hoy celebramos nuestro compromiso oficial. Para ser feliz, sólo me falta la presencia de mi Isabelita.

Mauricio le estrechó la mano con efusión y se puso a reír desahogado al oír las últimas palabras de su antigua enamorada.

—¿Pero qué te pasa?—preguntó Beatriz.

—¿Tanta gracia te hace?—demandó Tony algo amoscado.

—¡Abrazame, Beatriz, y tú también, Tony! ¡A mi sí que me habéis hecho feliz con esa noticia!

Mauricio empezó a repartir abrazos como si hubiera enloquecido de repente.

—Pero... ¿quieres explicar lo que has hecho de tu mujer?—pidió tía Patricia, que ya empezaba a dudar de todo ante tanta incongruencia.

—Mi mujer me ha abandonado, tía Patricia—repuso el recién casado entre grandes risotadas—. ¡Me ha abandonado! Estoy contentísimo. ¡Contentísimo!

Todos miraron a Mauricio como si se tratara de un loco peligroso. Pero al fin se calmó y, rodeado por

todos, les contó lo que le pareció mejor de su polémica con Isabel.

Mientras tanto, ésta acababa de llegar a la estación, donde nadie la aguardaba, por lo que tuvo que aceptar los servicios de una desvergonzada tartana para subir hasta la residencia de su tía.

La pobre muchacha ignoraba lo que le esperaba cuando llegase. Y temía que su tía no quisiese acogerle, máxime cuando se presentaba sin su marido y después de una boda realizada con cierta precipitación, en la que ni siquiera tuvo tiempo de asistir, como le correspondía por sus funciones de madre de la contrayente.

Pero tenía que dar aquel paso y no vaciló.

* * *

Isabel llegó ante la que había sido su casa y titubeó unos instantes antes de llamar, pero lo hizo, franqueándole la puerta su propia tía, pero sin dejarla entrar.

—¡Tía Patricia!—gritó ella con alegría.

Pero el rostro ceñudo con que la recibió ésta la desanimó.

—¿Tú?

—¿No te alegras de verme?

—¿Por qué había de alegrarme? ¿Y tu marido?

Isabel vaciló. No sabía qué decir.

—Mi marido... tuvo que marcharse... para un negocio...

—¿Al día siguiente de la boda?

—Inquirió la tía con aspecto severo, aunque interiormente no podía contener las ganas de reírse y de abrazar a su querida sobrina.

—¿Qué remedio!... ¿No me dejas pasar?

—Mejor es que vayas a casa de doña Asunción, aquí nos has dado ya bastante guerra.

Isabel se puso a llorar. No confiaba en obtener muy pronto el perdón de su tía, pero tampoco contaba en que su actitud fuese tan severa.

—¡Tía!—suplicó.

—No hay tía que valga...

—Déjeme ver a Beatriz... Tengo que hablarle.

—Subió al torreón—contestó la tía sin perder un ápice de su severidad—. Puedes ir allí, así recordarás tu funesta aventura...

Y sin esperar respuesta alguna, le cerró la puerta, dejándola fuera.

Detrás de una ventana, riendo y mirando a Isabel cómo se alejaba, estaban Tony y Beatriz, mientras Martina les reprendía.

—¡No tienen ustedes corazón!

—decía la criada medio llorosa—.

¡Dejar marchar a la niña! ¡Hija de mi alma!

—¡Calla tonta! — le dijo Beatriz—. ¡Ya verás qué contenta vuelve!

El disgusto que llevaba Isabel era grande. Después de los acontecimientos de los últimos días, sólo le faltaba la recepción que le hizo su tía. Confiaba al menos que su hermana supiera comprender las razones que le iba a exponer. En ello pensaba mientras subía hacia el torreón todo lo rápidamente que pudo. Al llegar ante la puerta, sudorosa y con un sollozo en su garganta, empujó la abierta puerta, gritando:

—¡Beatriz, Beatriz!

Pero en lugar de aparecer su hermana, de detrás de la puerta salió Mauricio, que la sujetó por la espalda, asustándola al extremo que lanzó un grito de miedo.

—No se asuste, señora; soy persona de confianza.

—¡Mauricio!... — exclamó ella, no sabiendo si reírse o echarse a llorar.

—Tu enemigo...

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar lo que es mío: a ti.

Isabel trataba de desasirse de sus brazos, pero Mauricio la sujetaba fuertemente.

—Acabo de tener una terrible escena con Beatriz—dijole él, tratando de asustarla.

—¡Dios mío!—repuso ella.

—Figúrate que se ha atrevido a suplantarme en su corazón... Ahora reina tu amigo Tony...

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Que nos quedaremos a la boda de Beatriz y Tony. Y digo también que eres una locuela sin sesos y que se han acabado las diabluras... En adelante tendrá usted que recordar que es una señora casada.

—Pero, Mauricio... —hizo ella, no cabiendo en sí de tanta alegría—. ¿No me engañas? ¿Mi hermana me ha perdonado?

—Pues claro, tontina. ¿Quién se acuerda ya de aquella ridiculez?

Isabel dió un salto y se abrazó a Mauricio.

—¡Dios mío, si creo que ya no te odio!

—Creo que tampoco te odio yo a ti.

En aquellos momentos una ráfaga de aire cerró la puerta violentamente. Al oír el portazo, se acercaron hacia ella, viendo con sorpresa que no les era posible abrirla.

—La corriente ha cerrado la puerta—dijo él, como si acabara de descubrir el huevo de Colón.

—¿No podemos abrir?

—Dejé la llave por fuera...

—Estamos encerrados.

—Esta vez no me importa el encierro —dijo él—. Ya vendrán a buscarnos. Ven... siéntate aquí, sobre este saco de castañas.

Ella obedeció, sonriente y contenta.

—Desde hoy me parecerán poéticos los sacos de castañas.

—¿Sabes lo que se me ocurre? Que debiéramos amueblar el torreón y pasar aquí nuestra luna de miel... Aquí, en este sitio, me dijiste muy seria: «Señor Viera: le he raptado a usted».

—¡Mauricio!...

—¡Isabelita!...

—Tengo mucho miedo.

El la miró, extrañado.

—¿Miedo?... ¿Por qué?

Isabel le miró a los ojos, mientras en los suyos se reflejaba toda la felicidad que sentía en aquellos momentos.

—¡Pues porque ya no te odio... y porque estamos solitos, encerrados en el torreón, mi enemigo y yo!...

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Héctor Fiernmosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Delencuevas del crimen	Richard Dix
Aventura Pumpadour	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Bögel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Copión sin memoria	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vase	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Henz Ruhman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Tómbay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barchon
Gla mi hijo	Lil Dagover
La última avanzada	Cwy Grant
Vacaciones juus Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el asperso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Farola
El signo de la Cruz	Frédéric March
Las acciones invisibles	Walter Abel
Los dos pilletes	Jacques Taval
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Tarxán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gyhn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Fuera de hombres	Mickey Rooney
La profecía millonaria	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Níger	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney
Fruta dorada	Clive Brook
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irana	Ana Nagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falta	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arlas
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baylera
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemins	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Veneriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Nino Marchese
Raptame usted	Lelia Cámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Santaromán
Tierra y cielo	Marucha Tomás
¡Al-Alá!	Irma de Val
¿Quién me compra un lío?	Marucha Tomás
Alas de paz	Luis de Valois

SERIE ALFA

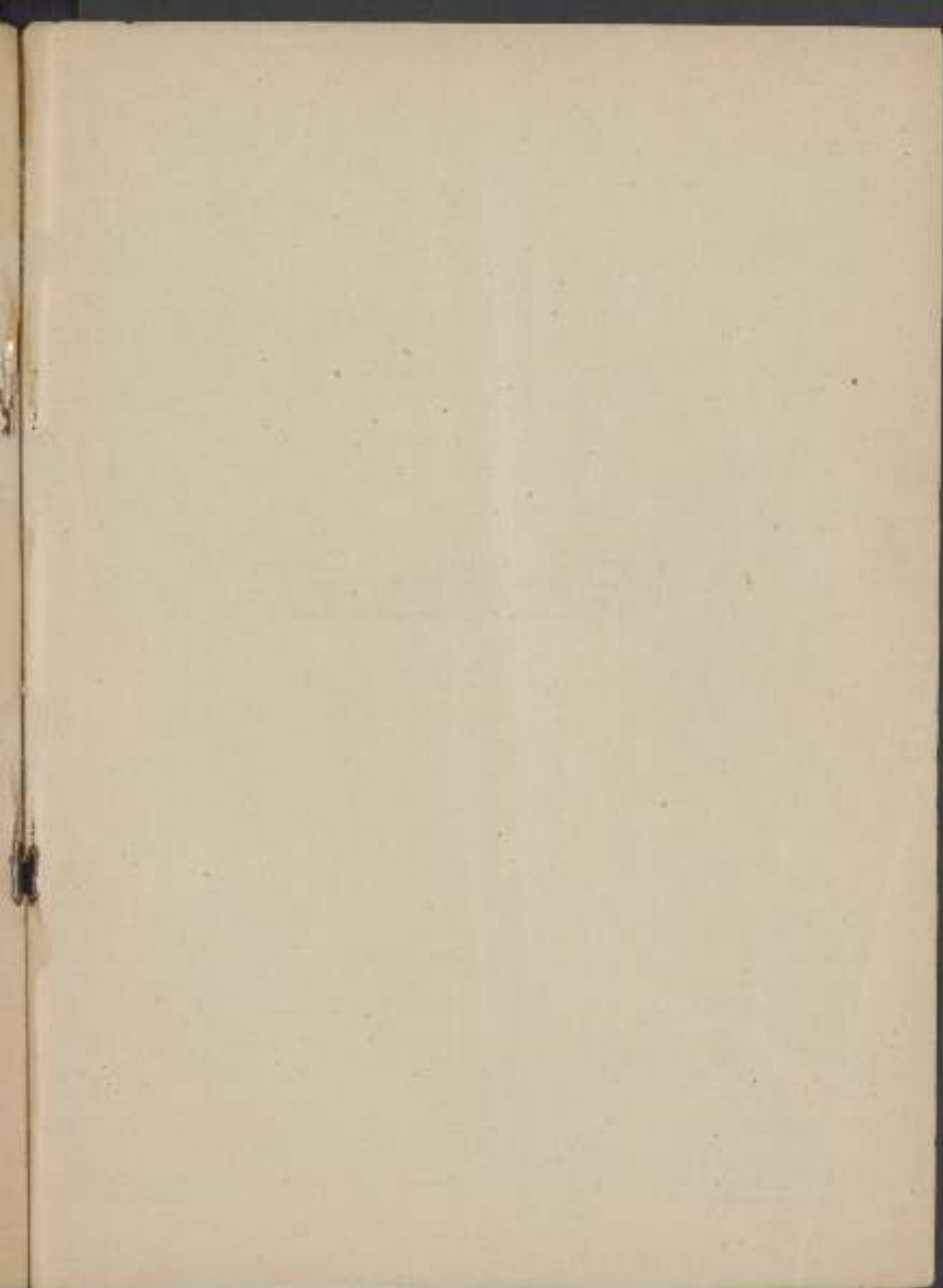
2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lastrado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Diaz
La Millona	R. de Santaromán
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yagros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Moñcos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Sotencor
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Señ de Valencia	Meruz Gimés
Melodía de arrabal	I. Argentina
Misterio en la Mariama	C. Gardel
Rosas de otoño	Toni D'Alay
La patita chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Estrellita Castro
Un errado de familia	Josita Hernán
La culpa del otro	Mercedes Vadino
Fin de curso	Luis Prendes
Mi enemigo y yo	Luchy Soto
	Josita Hernán

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Marucha Tomás
Verbena	Marucha Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flor de espiño	Gerard de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Geroná
Otero	Roberto Rey





2.⁵⁰ Ptas.

ESTABLECIMIENTO DE
VALUACIÓN, S.A. - 1942-1943